DIANA DURBIN

en

SU ÚLTIMA DIABLURA

2 PTS

PUBLICACIONES CINEMA

SU ULTIMA DIABLURA

◀ EDICIONES EXTRAORDINARIAS ▶

SERIE ESPLENDOR

TÍTULOS PUBLICADOS Y EN EXISTENCIA:

A 1'50 pesetas ejemplar

75 minutos de angustia, por Lewis Stone y Bárbara Read.
Magnolia, por Irene Dunne y Allan Jones.

A 2 pesetas ejemplar

Loca por la música, por Diana Durbin.
La Escuadrilla del Pacífico, por Kent Taylor, Ray Milland y Wendy Barrie.
El demonio es un pobre diablo, por M. Rooney, F. Bartholomew y J. Cooper.
La sensación de París, por Danielle Darrieux y Mischa Auer.
Cuando el amor nace, por Doris Nolan y John Boles.
Caucho, por René Deltgen y Vera von Langen.
La marca de fuego, por Victor Francen y Sessue Hayakawa.
Se llevó mi corazón, por Jeannette Mac Donald.
Fuego, por Victor Francen y Edwige Feuillière.
Central Río, por Ivan Petrovich y Camila Horn.
Dunia, la novia eterna, por Hilde Krahl y Heinrich George.
El paraíso perdido, por Fernand Gravey y Elvire Popesco.
Los hombres no son dioses, por Miriam Hopkins.
Condesa por una noche, por Danielle Darrieux.
El Valle de los Icaros, por Chester Morris.

¡SENSACIONAL!

Un magnífico e interesante reportaje de los estudios cinematográficos de Hollywood.

EL NOVELISTA QUE VIÓ LAS ESTRELLAS

por ANTONIO PÉREZ DE OLAGUER

(Ilustrado con numerosas fotografías)

¡OTRA NOVEDAD!

Blanca Nieves y los siete enanos El popular cuentecillo de los hermanos Grimm con originales dibujos a la pluma.

PUBLICACIONES CINEMA
EDICIONES EXTRAORDINARIAS
Serie Esplendor
Domicilio: Bailén, 154 - Teléfono 75897 - Barcelona

Presenta

SU ULTIMA DIABLURA

Dirigida por

HENRY KOSTER

UNA SUPERPRODUCCIÓN

Distribuida por

UNIVERSAL FILMS ESPAÑOLA S. A.

Mallorca, 220 Teléfono 80835 BARCELONA

PRINCIPALES INTÉRPRETES:

DIANA DURBIN	*Penny Craig*
Nan Grey	*Joan Craig*
Helen Parrish	*Kay Craig*
Charles Winniger	*Yudson Craig*
Robert Cummings	*Harry Lorén*

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

SU ULTIMA DIABLURA

ARGUMENTO DE LA PELICULA

Cuando un corazón es ciego

Los suntuosos salones de D. Yudson Craig, multimillonario, rey del acero, del petróleo, del algodón y de Wall Street resplandecían aquella noche como los de un castillo de leyenda. Ninguno de los asistentes recordaba en los fastos de aquella ilustre y poderosa casa un tan soberbio derroche de riqueza; porque no era sólo luz, oro y preciosas sedas lo que realzaba la fiesta prestándole ese aspecto deslumbrador que no se sabría si comparar al sol o a un empíreo ignoto formado de flores de alabastro, guirnaldas de plata y lámparas de diamante, sino alegría, una alegría, que, con ser consubstancial a sus moradores, tenía un no sé qué nuevo que saturaba el ambiente, se deslizaba doquier, subía a las cornucopias que enmarcaban los retratos llenos de empaque y gravedad de los mayores de la familia, caracoleaba alrededor de las luces y concluía por penetrar en los pechos del gran número de damas, señoritas y caballeros que hormigueaban por los amplios salones, haciéndolos vibrar al unísono.

La señora de Craig, venerable en su rico vestido de noche, entre sus joyas incalculables, con su pelo albo de plata, dulce y amable, se multiplicaba con sus invitados, repartía sonrisas, parabienes, ofrecía la casa y prodigaba a manos llenas lo mucho y bueno que atesoraba su corazón. Su rostro expresaba ese gozo inefable que hace palpitar el pecho, pone un vehemente balbuceo en la boca, hace brillar los ojos y demuda alternativamente el tinte de las mejillas, ora arrebolándolo como un clavel, ora degradándolo al suave color de la cera. Sólo las damas que pasaban por la felicidad de ser madres entendían a la ilustre señora al través de ese mudo lenguaje de la felicidad.

Se adivinaba que todo, absolutamente todo lo que se derrochaba allí aquella noche, era en aras de ese sentimiento sublime, de la que es santa y abnegada depositaria la mujer. Cuantos asistían a la velada lo sabían bien, y, ya más de uno —y ponemos el artículo en

masculino por lo que en seguida vamos a ver— preguntaba con vivísimo interés:

—¿No han llegado aún esos diablillos?

Porque «esos diablillos», que constituían el objeto de la general expectación, eran tres; y con la venia de los distinguidos concurrentes a la fiesta, que de tales se permitían nombrarlos, vamos a rectificar asegurando que no eran inflamados moradores del averno, sino gracias, ángeles, seres casi aéreos que no se llevaba la brisa porque pesaban demasiado, pero que ardía en deseos de hacerlo, parangenando las ansias ardientes de más de un gallardo galán de los que formaban la pléyade numerosa y brillante que asistía a la fiesta. Y estas tres gracias de la casa eran las tres hijas de la distinguidísima y elevada señora de Yudson Craig, llamadas por orden de edad: Joan, Kay y Penny.

Su aparición en el salón hizo el milagro de interrumpir todas las conversaciones, de iluminar todos los rostros y de apiñar a los concurrentes a su alrededor con exclamaciones arrebatadas.

Joan, Kay y Penny entraron cogidas del brazo, sonrientes, hermosísimas igual, exactamente igual a las «Tres gracias», escultura viviente que enajenaba los sentidos.

Sería difícil imaginarse, y lo es todavía más describirlo, el tesoro con que Dios había premiado las ejemplares virtudes de la señora de Craig en la persona fascinadora de esta viviente trilogía. Son legión los padres que contemplan con muda pena a sus hijos cuando el cielo ha querido regalárselos de un mismo sexo y sienten la nostalgia de una voz varonil, si aquellos son niñas, e inversamente, si son del sexo masculino; esto es muy humano, pero para la señora de Craig tal humanidad no existía, pues por nada del mundo hubiese trocado a alguno de los tres angelitos por el más esclarecido y arrogante varón. Y hoy, al verlas entrar en el salón y despertar la general admiración a raudales se afirmó más en ese sentimiento, tan cristiano por demás.

Las tres avanzaron en sus vestidos albos de nieve: Joan, la mayor y más alta, en medio, rubia, impetuosa, cutis de nácar, ojos grandes y dulces, facciones graciosas; Kay, la mediana, morena de azabache, soñadora, ojos apasionados, expresión ardiente; Penny, la menor, la chiquitina... pero ¡ah! ésta merece capítulo aparte.

Ya es hora de decir que aquella fiesta, que todo el derroche y toda la expectación que constituía la atmósfera de los salones del multimillonario Yudson Craig aquella noche, estaban dedicados a Penny. Habían sonado las quince campanadas floridas en la primavera de su vida y hoy se la vestía de largo por primera vez. Era, pues, esa, la primera solemne recepción que en su honor se celebraba en tan opulenta casa.

¡Con qué gracia rumbeaba con

encantador embarazo y graciosa torpeza su primera falda de raso, la primera gasa discreta que venía a inaugurar la delicada misión de guardar para ojos indiscretos las incipientes gracias que los días empezaban a sembrar en su cuerpo escultural!

En íntima familiaridad, sólo usada en las horas solitarias de su alcoba común, sus dos amadas hermanas la apodaban graciosamente el «microbio». Y, esto, no sólo porque era la menor, sino con acertada intención, por su naturaleza tenaz y por su temperamento entrometido. Pero, ¡qué amor escondía aquel ángel, amor que aquella noche, la primera grande de su vida, había de cristalizar, también por primera y suprema vez, en una empresa sublime!

Penny era la más bella de las tres; es decir, Penny era la mejor de las tres. No había allí, en rigor, más corazón que el suyo, más gracia que la suya, más divina travesura que la suya, y, bien podemos ya decirlo de una vez, contempladas las tres hermanas juntas, la luz de que parecían envueltas Joan y Kay no era más que la que recibían de Penny, como los satélites de la estrella.

Eso sí, también era innegable, que donde había lugar para meter la patita quien la metía, por travesura de edad y carácter, ya se sabía, no eran Joan ni Kay, sino la graciosa y pizpireta Penny. Y su primera entrada, ya vestidita de mujer, sin haber podido cambiar todavía sus diabluras de niña, tuvo que ser una metida de patita, esa patita, que, lejos de constituir un ridículo, como hubiese sido en manos de otra persona, en Penny tenía un sabor de gracia que encantaba.

Al acercarse a su mamita, ésta se hallaba departiendo sobre una famosa familia, de la que habremos de hablar muy pronto con una encopetada dama de su edad. Era la tal señora de muy rancio linaje y persona apreciada en grado sumo por la familia de los Craig, por lo que fué la primera a la que la mamá de las tres niñas presentó la nueva mujer.

—¿Cómo está usted, señora Kitten?

—Bien, nenita.

—Y sus gatitos, ¿siguen bien, señora?

—¿Qué gatitos? — exclamó la aludida con estupor.

Kay largó un pellizco disimulado a Penny, y ésta, mordiéndose graciosamente los labios, se apresuró a rectificar.

—Quería decir que ¿cómo va su salud?

La señora de Craig se sonrojó hasta las orejas e iba a reprender a su hija que en tan inarmónica forma hacía su entrada en sociedad, cuando Joan la selló los labios con una impetuosa exclamación:

—¡Oh! Perdóneme ahí está Richard.

Como al conjuro de una voz celeste, al escuchar esta exclamación, Kay volvióse vivamente y sus ojos se quedaron clavados con

arrobamiento en la persona de un gallardo mancebo que se acercaba al grupo con la sonrisa en los labios y la mano tendida hacia la señora Craig. Era Richard, hijo de una opulenta familia de Boston, íntima de los Craig, y al que éstos apreciaban particularmente.

De aventajada estatura, elegantísimo en su frac, guapísimo en sus rasgos fuertemente varoniles, Richard era el arquetipo por el que sueñan tantas niñas... y por el que soñaba Joan... Joan, y, digámoslo ya también, Kay. Era un secreto dulce y terrible para ésta.

Richard, no se sabe por qué, ni aun él mismo tal vez, se había inclinado instintivamente por Joan; lo había hecho a fuerza de visitas, a fuerza quizá de trato, porque Kay, la romántica y dulce morena, pertenecía a esa clase de niñas a las que una timidez innata recluye en su propio corazón, mientras Joan, de temperamento más impetuoso, ponía en los labios y en la vivacidad de los gestos y ademanes cuanto sentía y deseaba su alma. La señora Craig esperaba que de un momento a otro, Richard se decidiría a pedirle la mano de una de sus hijas y no dudaba, que, cuando esta decisión se verificase recaería sobre la rubia Joan. Nadie lo dudaba, ni Penny, ni aún la propia enamorada y desgraciada Kay. Porque Richard, ciego, era incapaz de adivinar que en el brillo de los ojos de ésta cuando le miraba había algo más que la expresión de una simple amistad.

De repente, en el salón se produjo un general revuelo. Don Yudson Craig, el tantas veces rey, acababa de llegar. Y, aprovechamos la ocasión de añadir, que tampoco el multimillonario era capaz de imaginarse que si Richard se decidía a pedirle la mano de alguna de sus tres encantadoras hijas fuese otra más que Joan... es decir, rectificamos esta vez, don Yudson Craig era incapaz de pensar nada fuera de la montaña incalculable de sus negocios, porque don Craig era una naturaleza singular y pintoresca por todos sus extremos.

Cuán dolorosa había de ser para las tres niñas, y, particularmente para Penny, la extraña idiosincracia de su padre. Distraído, precipitado, casi atolondrado, era divertido verle, por ejemplo, a la hora del desayuno, mojar en el chocolate el papel en que se relacionaban los últimos cambios de Bolsa, en vez del bizcocho; llevarse a la boca el dedo en vez del cigarro, y verter la leche en uno de sus bolsillos en vez de hacerlo en la taza. Y no se ponía a andar con las manos porque esto es prácticamente imposible para el hombre. Era llevado y traído por los números, pendiente siempre de las alzas y bajas de la Bolsa, prisionero de los guarismos, que representaban para él ganancias de millones o restas fabulosas de su capital igualmente fabuloso. Cuando no tenía veinte conferencias pendientes con Londres, percutían en sus oídos los timbres

ininterrumpidos de sus innumerables teléfonos. Su despacho era un verdadero manicomio, un ir y venir constante, un aletreo tan terrible que el buen hombre había concluido por no percibir por sus sentidos más que números, cantidades, millones de cosas; y hasta alguna vez llevado de ese torrente vertiginoso, al despedirse de su esposa con un beso, lo hacía atropelladamente por miriadas de veces con el pensamiento puesto en las cantidades astronómicas que llenaban sus papeles de Bolsa.

Pero su corazón era grande, y, por encima de todas estas debilidades, que no eran en el fondo más que una necesidad imperiosa en la que iba comprometida su vida, amaba a sus tres hijas con profunda y arrebatada pasión de padre. Y, precisamente por esto, por esta magnanimidad reconocida de sus elevados sentimientos, todo el mundo le estimaba y tomaba sus pintorescas distracciones con sincera benevolencia y hasta con sincero regocijo.

No hubo más que mirarle apenas hizo aparición en los salones. Llegó sudoroso, atribulado y atravesó innumerables pasillos en traje de calle.

—La señora ha estado preguntando por usted cada cinco minutos, señor — le dijo Binns, el fiel y maduro criado acompañándole en su largo paso a respetuosa distancia.

—¿Ah, sí? Bien, dile que estaré en casa dentro de un momento.

Binns no se inmutó al oír esta frase a su señor aun cuando le viese ya completamente en casa. El ya sabía que su señor se hallaba materialmente en casa, pero su espíritu merodeaba todavía perezosamente por encima de las mesas repletas de guarismos de su despacho.

Y con la imaginación ausente el sempiterno multimillonario alargó la lista de las cotizaciones de Bolsa a su criado, ordenándole:

—Toma Binns, cuelga esto.

Creía darle el sombrero y el abrigo.

Las manifestaciones de simpatía empezaron a sembrar su paso.

—¡Hola, señor Craig!

—¿Cómo le va, señor Yudson?

—¡Al fin le vemos!

Y apenas abocó la entrada del salón para subir la escalera que conducía a sus habitaciones, paróse con expresión de estupor. Su esposa, Joan, Kay y Penny vinieron a su encuentro.

—¡Oh! —se dolió ésta con mimo—, ya estaba creyendo que no vendrías.

—Y también yo, no creas — respondió el millonario con naturalísimo e irónico aplomo.

Parpadeó un momento para sacudirse la sorpresa, y añadió:

—¿Quiénes son estas personas?

Señaló hacia el salón con lento ademán y contestóse a sí mismo:

—¿Han venido a visitarnos esta noche?

—¡Oh! ¿Es que no te acuerdas de que hoy dábamos la fiesta, mi fiesta?

Craig se dió una palmada en la frente, y exclamó:

—¡Oh, válgame Dios! Pero si yo creía que era el jueves.

—Pero si el jueves es hoy — le explicó Penny, con alborozo.

—Tú me dijiste ayer que era mañana — protestó el millonario.

—Pero es que mañana es hoy — le aclaró Penny.

Estalló un coro de risas. Penny se enfurruñó y colgándose al cuello de su papá se dolió con sincera pena:

—Papá, tú trabajas demasiado. Ni siquiera te has fijado en mi traje nuevo.

Craig prendió a su niña en brazos y con ternura emocionada la besó en la frente. Luego la miró un instante con el pensamiento totalmente concentrado en ella y apartándola de sí suavemente le dijo con labio trémulo por la emoción:

—¡Oh!, déjame que lo vea. Aléjate un poco que te vea a ti también. Así, da una vuelta... es lindísimo.

—¿Te gusta?

—Es encantador, simplemente encantador.

Penny se había separado unos pasos y daba algunas vueltas cogiéndose gentilmente la falda para dar más realce a su airosa figura. No tenía necesidad de tal porque ya de por sí irradiaba angélica gracia y donaire, pero su alma era todavía infantil y no podía dejar de añadir esos gestos y ademanes que son la encantadora expresión de la inocencia.

Craig volvió a besarla y luego desapareció escaleras arriba para volver a bajar vestido de etiqueta; y aun tuvo que egresar a su cuarto para corregir su distracción de haberse dejado en los pies las chinelas del baño en lugar de los lustrosos zapatos de charol.

Con lo que dejamos descrito respecto a los usos y costumbres, carácter y virtudes del mago de Wall Street, hay bastante para que en lo sucesivo no tengamos que asombrarnos de actos aun más disparatados muy peculiares en él, ni mucho menos de que le veamos labrar paso a paso, a su manera inconsciente, una de las mayores desgracias en el seno mismo de su hogar.

Discurría la fiesta con alegría, y Penny, que poseía una maravillosa voz había ya cantado un bello y armonioso romance, y se había hecho preparar por Binns una mesa que acreditaba su excelente apetito cuando el salón vino a estremecerse otra vez a la llegada de una nueva inesperada, una nueva que dejó suspensa a nuestra niña.

Se disponía nuestra encantadora chiquilla a engullir una tajada imponente y fascinadora de jamón, cuando Richard y Joan se acercaron a la mesa cogidos de la mano, radiante el semblante y brillantes los ojos.

—Penny —la preguntó Joan con la voz extrañamente trémula—, ¿Dónde está mamá?

—Pues no lo sé —respondió el diablillo con indiferencia. Y reha-

ciéndose, súbito, añadió con acento de reproche—. Pero sí sé que os fuisteis de la sala cuando yo empezaba a cantar.

En efecto, mientras la niña, subida al estrado, junto al piano, empezaba los primeros compases había visto cómo los dos jóvenes, que adrede se habían quedado en un ángulo del salón, desaparecían de éste sigilosamente encaminándose hacia el jardín en misterioso y confidencial cuchicheo. La había herido este aparente desprecio hecho a sus dotes de artista, y, ahora aprovechaba la ocasión de echárselo en cara. Pero Penny había de demudar su color al oír a Joan replicar con graciosa gravedad:

—Teníamos que hablar, Penny.

Y Richard remachó con gravedad de galán que viene por sus fueros:

—Pedir a una chica que se case con uno delante de gente no es posible.

—¡Vamos a casarnos! — añadió Joan en una explosión de júbilo.

Y, sin esperar respuesta, desaparecieron como llegaron, cogidos tiernamente de la mano, dejando a Penny con la suculenta tajada de jamón colgando ante sus ojos deslumbrados.

¡Casarse! — profirió la niña en un suspiro embelesado.

¡Casarse! Como si hubiese sonado por primera vez una música celestial en sus oídos permaneció por algunos momentos perpleja, deslumbrada, sí, esto es, deslumbrada por el mágico brillo que despedía esta palabra suprema. Hasta aquel instante, Penny no se había fijado nunca en el valor que aquella palabra entrañaba. Por su mente pasaron, raudos, mil ideas risueñas. Casarse significaba, pues el amor, primero, después la felicidad, luego la realización de un ideal, de un sueño; ¡casarse! Y esa boca que había proferido la mágica palabra era la de un hombre que traía a su hermana de la mano...

Alzóse radiante; ¿qué valor podía ya tener aquella magnífica tajada de jamón, para ella, ante esta nueva feliz? Se trataba de su hermana, de la felicidad de Joan, de la vida de uno de los tres pedazos del alma de su madre de los cuales ella se contaba en tercer lugar. No era envidia, no, lo que sentía, sino júbilo, gozo inefable, alborozo jamás tan exaltado y profundo.

Y se lanzó al salón como una mariposa en vuelo por campos trigueños bajo el sol. En todos los corrillos, en todos los rincones empezó a volcar la carroza deslumbradora de su gozo.

—¡Se ha prometido mi hermana Joan...! ¡Joan se ha prometido con Richard...! ¡Mi hermana Joan y el joven Richard van a casarse...!

Fué algo así como un aluvión de rosas; ¿qué faltaba para que a los breves instantes todo el salón viniese a estallar en una selva de aplausos y parabienes? Porque de esto, y algo más, era capaz una

chiquilla de la calidad e impetuosidad de Penny.

Y cuando la nueva llegó a oídos de la feliz mamá, ya la enamorada pareja se hallaba ante ella, ruborosa y aturdida por dicha tanta, haciéndole la suprema revelación.

El señor Craig no fué el menos dichoso. Y para que no faltase en ese minuto solemne la nota pintoresca y sabrosa de su sempiterna distracción, apenas metido apresuradamente entre el apiñado corro que circundaba a la radiante pareja, sin saber a ciencia cierta quién era el prometido ni mucho menos su futura y feliz esposa, cogió entre sus manos con impetuosidad la morena cabeza de Kay y la puso un beso en la frente, diciéndole con aplomo:

—Bueno, hijita, espero que seas muy feliz y estoy seguro que lo serás.

Poco suponía que en su divertida e inconsciente confusión clavaba el dardo más envenenado y penetrante en el alma de la joven. Penny iba a corregir al impenitente millonario, pero fué la misma Kay la que, sobreponiéndose a su inmenso dolor, sonrió tristemente y aclaró:

—Papá, es Joan la que va a casarse.

—¡Oh, lo siento!

Y, dejando a Kay para venir al encuentro de la verdadera novia, repitió el beso, añadiendo con la simpática frescura que le caracterizaba y que arrancó sabrosos comentarios de los circundantes:

—Tú, también serás feliz.

El hombre que ya lo era con sus guarismos y sus millones no pudo advertir el desgarro que aquella casualidad cruel producía en el corazón de su hija Kay, cuya mirada aturdida saltaba de Joan a Richard, y viceversa, como resistiéndose a creer que aquella escena fuese una realidad y no un sueño, y que aquel beso, que ella hubiese deseado con la plenitud y propiedad que lo recibía su hermana no era una burla acerba que le infería su padre para castigarla de su atrevimiento de haberse enamorado del hombre que no la amaba.

El diario revelador

Joan, Kay y Penny dormían en común en una alcoba blanca que remedaba la morada de los ángeles. Las camas que ocupaban las dos primeras eran vecinitas y estaban colocadas en el testero de la alcoba, perdidas entre mil chucherías deliciosas propias del gusto y sentimiento de sus amas, mientras que la que atesoraba el cuerpo de la señorita Microbio (permítasenos el familiar apodo), se hallaba en la parte diametralmente opuesta, solita, como corresponde a una carga de dinamita que está siempre pronta a estallar.

Era ya de madrugada cuando las tres hermanas se retiraron a ese paraíso impregnado de suaves y puros aromas. Todas las noches, ese instante constituía un espec-

táculo por demás sabroso, no tan sólo precisamente por esta intimidad sagrada en que se envuelven las vírgenes, y que ojos profanos no deben nunca penetrar, sino por las diversas escenas a que daba lugar la impetuosidad de Joan, el romanticismo de Kay y la vena inagotable de agudezas que atesoraban el ingenio vivaz de la divina y purísima Penny, el cambio de gorro para preservarse de la humedad de la ducha (es curioso hacer constar, que, a pesar de los millones del señor Craig, las tres chicas poseían un solo gorro para las tres), la «cola» a que se veían obligadas para esperar el turno de esta misma ducha, y otra infinidad más de tonterías por el estilo, daban pábulo a mil motivos divertidos y cómicos por demás. Hoy, sin embargo, aunque se repitiesen las mismas escenas, y, poco más o menos, los mismos dimes y diretes, en la atmósfera flotaba un extraño hálito que presagiaba acontecimientos trascendentales.

Ni Joan ni Penny conocían el misterio de los secretos amores de Kay, y, ciega de dicha la primera, e ilusionada la segunda, se entregaron a un desbordado entusiasmo, imposibilitadas de poder advertirse de la extraña actitud de la desgraciada Kay. ¡Noche de emociones!

—Habiendo millones de muchachas en el mundo —exclamaba la feliz Joan, juntando las manos con fervorosa unción, extáticos los ojos—, ¿por qué Richard se fijaría en mí, precisamente? ¡No sé lo que me pasa, pero os juro que hasta me dan escalofríos!

Penny la miraba así arrobada, y por sus pupilas pasaba un coro de ángeles. ¡Ah! ¿Llegaría para ella también ese día en que un gallardo mancebo fijaría su mirada en ella? ¿Cuándo sería ese día, y cómo llegaría? ¿En qué forma...?

—¿Qué fué lo que te dijo? —preguntó bruscamente a su hermana, mirándola fijamente con afán.

—¿Richard?

—Sí; ¿qué fué lo que te dijo? Casémonos...

—¡No fué lo que dijo, sino el modo de mirarme al decírmelo!

—Y ¿cómo lo hizo? ¿Así?

Penny remedó la expresión apasionada de un ser imaginario que se muriese de amor, entornó los párpados, dobló la cabeza con infinita dulzura...

—¡No! —la interrumpió Joan—. Más bien fué así.

Y más ducha, imitó el gesto y el ademán de Richard con un primor que arrancó una exclamación de entusiasmo de la pequeña Penny.

—¡Estupendo!

Joan prosiguió, como si no la hubiese oído, soñadora la mirada.

—Fué como si nos hubiésemos encontrado después de muchos siglos. Como si nos hubiésemos encontrado el uno al otro en el silencio de una gruta o en lo alto de una montaña, como si hubiera ocurrido un cataclismo...

Y Joan lanzó un suspiro de

triunfo como si hubiese encontrado la frase justa que expresaba los instantes inolvidables en que Richard le declaró su amor. Por el contrario, Penny alzó vivamente la cabeza y preguntó asombrada:

—¿Cómo qué?

—¡Cataclismo! — repitió Joan como si soñase desde la gruta que acababa de describir.

—¡Oh! ¿Y qué es eso?

—¿Cataclismo...?

Aquí Joan retornó de su sueño y ahora fué ella la que se preguntó a sí misma qué rara relación podría tener un cataclismo con una declaración de amor, y siguió balbuceando:

—Cataclismo... pues, es cuando alguien... Bueno, tú ya sabes... pues verás... un cataclismo... es muy fácil... Cuando se derrumba algo; como si la Tierra cesara de girar, como si la noche se fundiese en el agua y en el fuego.

—¿Y todo eso sucedió en el balcón? — preguntó Penny, con una punta de maliciosa ironía.

Kay, sentada al borde de su cama, permanecía absorta, alejada y extraña al diálogo que pasaba entre sus dos hermanas. Penny, cuyo sensible corazón estaba presente en todo, no tardó en encontrarla en falta; al volverse y verla en aquella sumida postura se le acercó dulce y cariñosa, expresando profundo estupor.

—Kay. ¿Qué te ocurre, Kay?

—¡Oh, nada! —se apresuró a contestar la interpelada, esforzándose por sonreír—. Me siento cansada, esto es todo.

Pero la sonrisa le salió tan apagada, sus ojazos mansos y dulzones reflejaron una amalgama tan enigmática de sentimientos de pena, que, Penny, aguda sensibilidad y sagaz instinto, protestó con arrebato.

—No, eso no es. Tú no eres feliz.

—Sí, de veras te digo que sí — insistió con tímida convicción la niña.

Cruzáronse así otras palabras, de la tristura se pasó con la facilidad espontánea de la mocedad a la algazara, tiráronse los almohadones a la cabeza, el cuarto se convirtió por algunos instantes en campo alegre de batalla de flores, sonaron risas, y, al fin, arrebujáronse los tres diablillos en sus respectivas colchas y tras darse las buenas noches la alcoba quedó sumergida en la oscuridad y en la quietud propicia al descanso.

Tras un cuarto de hora, Joan, la feliz prometida, sumióse en profundo sueño. Mil imágenes risueñas rondaron largo rato su imaginación, trayéndole, como bandada de golondrinas en celo, una ilusión mágica prendida en el pico. Había pensado en el enigma que le aguardaba, en los misterios del amor, en los secretos que pudiese esconder un alma apasionada como la que adornaba el pecho de Richard. Y cosa extraña, había pasado por encima de todas estas ilusiones sin penetrarlas, esto es, como hemos dicho, sencilla y lla-

namente «por encima», sin pararse en el objetivo, en el matrimonio, como si el acto de quedar comprometida con un hombre joven que decía adorarla con arrebato consistiese simplemente en una serie de ensayos, constituyese, por así decirlo, una especie de llave con que penetrar única y exclusivamente por simple sentimiento de curiosidad grutas misteriosas y sitios que encerraban enigmas y secretos. ¿No era, en rigor, simple ilusión de tocar lo desconocido, curiosidad exenta de sentimiento lo que Joan sentía por Richard? Porque, no es posible imaginar que una niña que se ve bruscamente puesta en el umbral de un nuevo mundo pueda dominar tan fácilmente su corazón.

Cuán diferente era el estado de ánimo de sus dos hermanas a las de algo muy profundo había trastornado el corazón. Penny se había vuelto y revuelto infinidad de veces en su lecho, había tratado de concentrar el pensamiento en un objeto fijo para cobrar el sopor que precede al sueño, pero en vano todo, la única idea fija posible en su mente en aquellos momentos de silencio y recogimiento, era Kay, y, ésta no era precisamente la más apropiada para alejarla del mundo en brazos de Morfeo.

Si Kay no era capaz de sentirse henchida de alegría como se sentía ella misma por la felicidad que sonreía a Joan, Kay, precisamente, la romántica, la dulce y sensible, ¿qué le ocurriría a Kay? De repente hirió sus oídos un gemido estrangulado, una especie de estertor ahogado entre ropas y manos, que procedía de las camas en que descansaban sus hermanas. Alzó sigilosamente la colcha y miró; quedó suspensa al ver al través de la penumbra en que el reflejo de la luna sumía el cuarto una silueta humana cuyos caracteres no pudo precisar. Como se incorporase algo más para precisarla, hizo un leve ruido y la voz de Kay sonó en falsete.

—Penny, Penny, ¿estás despierta?

Un presentimiento angustioso agitó el pecho de nuestro delicioso Microbio, y, lejos de responder, volvió a arrebujarse en la colcha sin contestar. Ahora ya sabía que la que se había levantado de la cama era Kay. Vería en qué pararía aquel desacostumbrado proceder de su hermana.

Más dilatados los ojos que antes y habiéndose vuelto adrede de cara hacia ella, vió que se vestía el salto de cama y buscando a tientas la puerta que comunicaba con el salón contiguo salía por ella, ahogando desgarradores sollozos, y cerraba tras sí. Penny permaneció unos momentos con el corazón suspenso, entreabierta la boca, confuso el pensamiento. Kay lloraba... Saltó de la cama, cubrióse con la bata, se cercioró de que Joan dormía plácida y profundamente, y, abriendo con cuidado la puerta por la que había desaparecido su hermana miró. Su asombro quedó apretado en su pecho subiéndosele a los breves momen-

tos a la garganta transformado en una angustia mortal al ver a Kay sentada en una butaca, junto a la chimenea en la que ardían los últimos tizones, y oír, ya distintos e inconfundibles, sus desgarradores sollozos.

Como Kay se hallaba sentada de espaldas a Penny, ésta pudo entrar, volver a cerrar la puerta, acercarse tan sigilosamente a su hermana, que alcanzó a colocarse a su espalda sin que, ni remotamente, Kay pudiese sospechar que alguien llegase a la osadía de espiarla tan de cerca. La cámara se hallaba en penumbra, y sólo aparecía iluminada la figura de Kay por el suave resplandor de los tizones; silencio profundo recogía los sollozos ininterrumpidos de la apesadumbrada chica, y Penny precisó de todo su ánimo, ella tan amorosa hermana, para contener la ola amarga empapada en lágrimas que pugnaba por saltársele a los labios y traicionarla. ¿Qué tenía Kay? ¿Qué hacía Kay allí? Microbio alzó algo más la cabeza y vió que su hermana mojaba con el raudal de lágrimas que surcaban sus nacaradas mejillas un minúsculo mamotreto, un librito diminuto que esparcía un suave aroma, en cuyas pequeñas páginas había trazados de puño y letra de su dueña unos renglones de primorosa caligrafía. Penny alzó un poco más la graciosa testa y tras este esfuerzo, logrado sin que su hermana sospechase su presencia allí, pudo leer lo que sigue: «Le amo, le amé casi instantáneamente con delirio al punto en que el azar lo puso ante mis ojos deslumbrados. ¡Dios mío! ¿Qué podría hacer para obligarle a que se dignase poner sobre mí sus ojos y para que al hacerlo quedase prendado de mí? ¡Oh, Señor, si algún día esto pudiese ocurrir creo que me moriría de felicidad! El se muestra indiferente y yo me siento cada día más atada al destino de su vida como una esclava no pudiendo ser su mujer... Richard, amor mío y de mi vida...».

Penny juntó las manos tras su hermana y permaneció algunos momentos extática, sintiendo que atribulados pensamientos invadían su mente y que una amargura infinita se apoderaba de su corazón. Lo había comprendido todo, aquel librito era el diario de Kay, era el confidente fiel de sus amorosas y secretas penas; y por él sabía que Kay estaba enamorada de Richard, de ese mancebo, que, ciego, había buscado el cariño remoto y superficial de Joan.

En un arranque colérico, Kay arrojó el librito al fuego. ¿Para qué había de servirle ya? Y cubriéndose la cara con las manos se entregó a un llanto conmovedor. Después se alzó bruscamente. Penny se hizo a un lado y fué un verdadero milagro que cuando su hermana volvió sobre sus pasos para regresar a la alcoba no descubriese su presencia allí. Sin embargo, antes de que ella lo pudiese hacer, introduciéndose a la alcoba por otra puerta se le adelantó. Fué

tan preciso el cálculo, que, al llegar Kay a su cama aun oyó el rebullir de Microbio al caer sobre la suya en un salto rápido de langosta.

Cuando se hizo el silencio y Penny comprendió que ya había desaparecido el peligro de que Kay pudiese sospechar que ella la había espiado, volvióse cara arriba y sus grandes ojos claros y expresivos quedaron fijos con perplejidad terrible en un punto vago de la penumbra del cuarto; y a cada segundo que transcurría abríanse más intensamente como si sus pupilas quisiesen arrancar de las entrañas tenebrosas que la envolvían el angustioso misterio de una idea. ¡Kay enamorada del hombre con que debía casarse Joan! Penny se apretó el corazón. ¿Era posible que ella pudiese ya vivir contenta y satisfecha con su candor en adelante sabiendo que mientras Joan avanzaba hacia la dicha, Kay se hundía en la desesperación? ¡La vida de Kay destruída! Los ojos de Penny se arrasaron en la oscuridad y sus labios delicados y frescos se plegaron en una amarga contracción de dolor. ¡No... no, era imposible, eso no sería aunque tuviese que revolver el mundo entero; porque si eso llegase a ocurrir serían dos las vidas destrozadas en aquella casa en que la riqueza material parecía prometer venturas infinitas; la otra vida sería la suya propia, la de Penny, cuyo amor se miraba con deleite en el espejo formado por la felicidad de sus dos hermanas. ¡Espina dolorosa clavada más y más en lo hondo de su corazón!

¡Qué de ideas fantásticas cruzaron su cerebro aquella noche! Amaneció, y sus ojos yacían todavía dilatados con un círculo amoratado de vigilia, buscando una solución. Los sollozos ahogados de Kay, que se prolongaron alternativamente a lo largo de toda la noche, cuidaron de mantenerla despierta.

Era ya muy avanzada la mañana y Kay, al parecer, se había rendido a la fatiga de tanto dolor, cuando Penny oyó el ajetreo de su padre en las habitaciones interiores. El millonario se había levantado ya y se arreglaba para ir al despacho. Penny no titubeó un segundo más; era preciso romper el compromiso de aquella boda y para ello nada mejor que ir a plantearle a su papá la cuestión con toda su crudeza y lealtad. Con él, que era tan bueno, tierno y comprensivo para las culpas de sus hijas, sería posible encontrar una solución.

Alzóse sin pensarlo más, y caminando de puntillas salió del cuarto viniendo al encuentro del señor Craig. Este se hallaba ya vestido, puestos el sombrero y el abrigo, con un cablegrama en la mano y forcejeando en el teléfono para lograr comunicación con uno de sus agentes de Bolsa. De tal talante, el multimillonario era algo sensacional, por no decir pintoresco, y aun cómico. Desgraciada oportunidad para la vehemente y cuitada Penny. Y ¡ay!

cuando se traía los guarismos colgando de la nariz aquel magnate estaba absoluta y totalmente imposible para nada.

—¡Papá! — le llamó tímidamente la niña.

—¡Ya voy, ya voy, ya voy, ya voy! — le contestó maquinalmente el multimillonario con los ojos fijos en el cablegrama.

Ausente, precipitado, como si obedeciese a una voz sonambúlica, procedente del más allá, vino hacia la niña, luego se volvió al teléfono, luego retornó y se volvió otra vez. Binns, el venerable y fiel criado, situado a respetable distancia, aguardaba pacientemente como hombre acostumbrado a tales excentricidades.

Penny le miraba hacer, y, cada vez que le veía venir hacia ella abría la boca; mas, al punto la volvía a cerrar tragándose para dentro el ansia que la quemaba. Esto se sucedió por cuatro o cinco veces, hasta que, al fin, el magnate se paró ante ella. Pero ni la miró, se paró por casualidad, pues su cabeza sólo atendía esas malditas cifras que parecían cabalísticos juegos que llenaban el cablegrama.

—¿Mi coche está afuera? — preguntó a Binns.

—Sí, señor.

—Dile que entre — ordenó con aplomo el millonario.

Luego se mordió el labio y sonrió con mueca de idiota. Binns ni se inmutó. Ya sabía él que su señor, lo mismo que le acababa de ordenar que el coche entrase en el salón, pudiese haberle rogado que se cortase la cabeza, o los higados, si quereis, y se lo friese todo con cebolla y pimienta para almorzar. De manera, que era una verdadera fortuna que se hubiese limitado a ordenarle que entrase el coche en la casa.

Como Craig volviese al teléfono, impaciente por la conferencia que había pedido, y regresase al lado de Penny, ésta ya no pudo contenerse y le agarró, por así decirlo.

—Papá, ¿podrías escucharme un momento?

Craig alzó la cabeza, y, sonriendo, nuevamente con mueca de idiota, contestó como si llegase de otro mundo:

—¡Ah!, hola querida.

Se volvió hacia Binns.

—Póngame con la oficina.

—Sí, señor.

—Verás papá — insistió Penny ardiendo ya.

—¿Has dormido bien hija? — le interrumpió distraidamente el millonario.

Al fin podía despertarle el interés con el peligro de su salud; Penny volvió a agarrarse a la nueva ocasión.

—No he pegado un ojo en toda la noche —declaró con aire apesadumbrado—. Estuve...

—Estupendo. No hay como dormir bien durante la noche para estar bien durante el día.

Penny quedó anonadada. No había forma de cogerle al hombre de los millones. Iba y venía otra vez. Binns había pedido otra conferencia por orden de su señor.

Aguardándola, el millonario tornó al lado de su hija.

—Te lo ruego, papá, ¿podrías escucharme un segundo?

Al oír lejanamente que sólo se trataba de un segundo, Craig miró a Penny. Se disponía ésta a aprovechar la nueva ocasión, cuando sonó el timbre del teléfono. Craig se arrojó casi materialmente sobre el aparato. Era la dichosa conferencia con su corredor de Bolsa. Cuando concluyó de hablar, su espíritu se hallaba más alejado, si cabe, que antes de hacerlo. Pero cómo le repercutirían en el subconsciente algunas de las palabras de su hija, antes de irse se acercó a ella y le preguntó:

—¿De qué estábamos hablando?

Penny, ya sin aliento y descorazonada, reaccionó, súbito, y a bocajarro, como si volcase sobre su papá un chaparrón, atropelladamente le explicó:

—Pues quería hablarte de Kay. Ha pasado llorando toda la noche. Es por Richard. Ella también está enamorada de él. Y es natural que esté apenada. A mí no me gusta verla sufrir y he creído que a ti tampoco te gustaría y he pensado que si pudiésemos ayudarla...

Fué inútil, completamente inútil; no había llegado bien en la mitad de su discurso la pobre niña cuando ya su padre no la escuchaba. Masitó no sé qué, refirió cifras astronómicas, se quejó con amargura y despecho de la estolidez de sus agentes, fué, vino, pidió al fiel y grave Binns el sombrero y el gabán, que ya llevaba puestos, besó a Penny y desapareció por la puerta de la calle sin que la niña pudiese escuchar de su boca más que cifras que guarismos, millones, papel y llamadas urgentes a Londres.

Penny se dejó caer con profundo desaliento en el primer peldaño de la escalera que conducía a sus habitaciones. ¿Qué hacer? El alma se le escondía amedrentada, achicada en los repliegues de su pecho temiendo una catástrofe. ¡Y ella tenía que salvar a Kay!

De repente Binns, el noble criado que la había visto nacer y que la quería con ternura al igual que a sus hermanas, vino hacia ella y le dijo con voz dulzona y llena de respetuosa persuación:

—Ya verá como todo sale bien, señorita Penny.

—Binns, ¿lo ha oído usted? —lo preguntó la niña sobresaltada.

—No he podido evitarlo, señorita Penny; pero yo en su lugar no me preocuparía tanto.

Penny descubrió en el tono y en la expresión del simpático y venerable criado una intención entre maliciosa y profunda. Era hombre ya viejo, ducho en los achaques de la vida; su voz era la de la experiencia.

—Binns, mi hermana Kay no llora fácilmente, y cuando llora es que lo siente.

—Lo comprendo, señorita Penny; pero ya verá como otro joven vendrá a enjugar las lágrimas de la señorita Kay. Hace siglos que las cosas suceden del mismo modo. Y será, que, algún día, vendrá otro

muchacho, moreno, alto, guapo, que hará olvidar a la señorita Kay lo del señor Richard. Créalo.

Penny, imaginación vivaz, dilató las pupilas enormemente: «Otro hombre, moreno, alto, guapo...». Una idea luminosa y viva como un rayo había cruzado su mente.

—¿Lo cree usted así, Binns? —preguntó con vehemencia, alzándose vivamente.

—Estoy seguro, señorita Penny.

Penny subió la escalera como una tromba, sin dejar de repetirse como si temiese olvidarlo: «Un hombre moreno, alto, guapo...». El pensamiento estaba hecho; Kay salvada: le buscaría un hombre muy alto, moreno y guapo aunque tuviese que ir a por ello al otro lado de los mares.

El hombre guapo

Y aquella noche, Microbio trajo a su casa el hombre alto, moreno y guapo. ¿Qué? ¿Cómo? ¿Trajo, así, tan de repente, al hombre que le sugiriera Binns? Esto se preguntará, y nosotros contestaremos que sí, que tan de repente lo trajo; y no solamente lo trajo en simple plan de visitante, sino de huésped, esto es, que ese príncipe de Golconda, alto, moreno y guapo no vino por venir, sino por cenar. Tengamos calma.

No había sido muy sencillo, pero sí muy ingenioso y algo pintoresco y divertido. Penny era capaz, ya lo dijimos, de ir a por el salvador del corazón de su hermana aunque fuese al fin del mundo. Claro que no tuvo necesidad de tanto, ni mucho menos; le bastó acudir a la Academia de Música para pescar...

Es el caso, que, Penny era alumna de una Academia de Música muy famosa tanto por su método cuanto por sus profesores, y, por consiguiente, concurridísima por numerosos discípulos y ex discípulos de mucho talento y brillante porvenir. No es que nuestra heroína la frecuentase con propósitos profesionales. ¡Oh!, no, los millones de su señor padre la eximían de ello por todos los días de su vida; pero era, si se quiere, y en cierta manera, en mérito y virtud de esos mismos millones que el señor Craig, ferviente filarmónico, quería que la preciosa voz de su hija no cayese en el vacío y la había impuesto una severa cultura musical.

Pues bien, como fuese que era ese centro el único con que Penny podía tener contacto, digamos social, aparte de las fiestas que su señora madre se dignase organizar en sus propios salones, cuando, a la mañana, concibió la idea de buscar novio para Kay concibió, simultáneamente, la de aprovecharlo para ello. Y fué con esta impetuosa disposición de ánimo que abocó la Academia poco rato después.

No faltaba allí plantel de galanes; ¡y qué gallardos! Los había de todos los tamaños, de todos los colores, de todos los tipos; unos huraños, otros amables. Pero eso

sí, casi todos guapísimos y por encima de todo, todos jóvenes y apuestos. ¡Con qué ansia los miró uno después de otro conforme iban llegando! Su profesor, un anciano cascarrabias que sólo la conocía inocente y pura como un ángel, al ver aquel día el ardor con que miraba a todos los varones que iban llegando, creyó que en veinticuatro horas el demonio había encendido en aquel pecho, del que sólo habían salido hasta aquel día sonoríssimos y cristalinos ruidos de forma musical, la terrible y rugidora fragua de las pasiones.

Fué inútil que la riñese, que abriese la boca desdentada para mostrarle cómo se pronuncia musicalmente un «Si», un «La» y otra porción más de sublimes nimiedades; nada, la chica, apenas veía entrar a un hombre alto, guapo y moreno se echaba tras él. Y así se halló con algunas sorpresas grotescas como la de aquel estudiante, que, en el instante en que Penny se disponía a despegar el pico para captárselo, decía a uno de sus amigos:

—Hombre, hoy al decirle a mi mujer que me olvidaba algo, ella me ha contestado que me olvidaba de besarla y besar a los chicos.

¡Qué mohina tornó al lado de su profesor nuestra niña! Y cuando éste abría las fauces para enseñarla cómo se pronuncia una «Si», con que enfurruñamiento y desdén protestó:

—¡Está casado!

El profesor la miró con estupor. No podía saber que Penny seguía el hilo de sus pensamientos.

—¿Q..lén? — pudo exclamar al fin el buen hombre.

—Todo el mundo —rugió la niña con despecho—. Los muchachos de hoy, o están casados o tienen novia.

Pero, como a buen celo buena presa, tras algunos tanteos más, Penny dió con el tipo. Se llamaba Harry. ¡Y qué hombre, señor! En estatura era difícilmente aventajable, y si lo era menos en lo moreno de su tez, no decimos nada de su apostura, de su guapeza. Y era, además, uno de los mejores talentos musicales de la Academia. Y Microbio, el terrible microbio que tenía por papá al multimillonario Craig logró, ¡pásmense ustedes!, el milagro de descubrir que el galán que había escogido para curar del terrible mal del amor a su hermana Kay por el procedimiento de «Similia Similibus», era un ferviente devorador de bistecques con patatas fritas.

Y al anochecer, Harry llegaba a la regia mansión de los Craig como invitado de honor para zamparse un excelente bistec. Penny le había invitado a cenar. La mamá estaba advertida, Joan y Kay también y el noble criado Binns había recibido orden de hacer condimentar el mejor bistec con patatas fritas que el cocinero hubiese ideado en su larga vida.

Como se trataba de un aventajado y distinguido alumno de la Academia, la señora Craig dió la aprobación a su hija y acogió al

gallardo Harry con su dulce cordialidad proverbial. En cuanto a Binns, convenientemente asesorado de todo por Microbio, apenas le vió aparecer en el vestíbulo le miró de arriba abajo con tanto entusiasmo que el joven huésped se vió instado a hacer un repaso de sus prendas por si fuesen inconvenientes en tal casa. Poco podía suponer que lo que él reputaba por impertinencia de exigente lacayo no era más que efusión, que alegría desbordada, que esperanza noble, y afán sincero de ver curada y feliz a su amada señorita Kay. Y, claro, como Harry no podía penetrar ese recóndito y sublime sentimiento del criado, le dirigió una mirada feroz y le cobró una inquina tan acerba, que, algo más tarde, y en combinación con el estupendo señor Craig, había de dar lugar a una de las escenas más divertidas que cuenta la biografía del multimillonario.

No queremos esconder, que al oirla hacer tan hiperbólico panegírico del joven Harry, lo mismo Joan y Kay que su mamá entraron en la sospecha de que Penny se había enamorado de él, y que, valiéndose de las prerrogativas de que gozaba su probada inocencia y su privilegio de microbio revoltoso de la casa, quería aprovechar la primera ocasión que se le presentaba para hacérselo conocer. ¡Qué lejos se hallaban de los verdaderos sentimientos de la niña!

Los ojos de Penny brillaban de fruición ante el arrogante mancebo. No, Kay no le resistiría. Harry llegaba en traje de concierto, lo tenía aquella noche en la radio, y su melena, armónicamente revuelta de artista, negra como el ébano y espesa como una selva brava y virgen combinándose con la chaqueta del mismo color, hacían resaltar sus viriles facciones de Apolo y prestaban a su cutis moreno un relieve de seda exótica y soñadora.

Lo había presentado ya a su mamá, cuando Kay y Joan aparecieron en el salón lindamente ataviadas.

—Mi hermana Catalina —presentó Penny, impetuosamente interponiéndose entre Joan y el joven—. Todos sus amigos la llaman Kay.

Y sus ojos centellearon, fijos en el músico por ver el efecto que la chica le producía. Luego los convirtió hacia Kay, avidiosa de descubrir una chispa que permitiese anticiparse una esperanza.

El plan empezaba.

—Penny nos ha hablado mucho de usted — se limitó a saludarle gentilmente la niña, al tiempo que daba su blanca y fina mano a la fuerte y membruda de Harry para que la estrechase.

—Pues aun no les he contado la mitad — se apresuró a intervenir Penny con el alma alborozada al ver lo grata que empezaba la entrevista.

Y con toda la intención imaginable ocultaba a su hermana Joan, dispuesta a ni tan sólo presentársela al joven visitante. Pero, ¿qué misterios esconde el azar, qué

fuerza invisible nos lleva y trae en este mundo, haciendo cumplir todo cuanto está escrito en el libro invisible de nuestro destino? Porque, cuando más segura estaba Penny de haber deslumbrado mutuamente a los dos jóvenes, Harry miró a Joan, sonrió de una manera inefable y avanzando hacia ella con la mirada centelleante, preguntó:

—¿También es hermana suya?

Penny habría patalcado de rabia. La que quería ocultar, esa era la que producía en el joven visitante una más deslumbradora impresión. Y aún tuvo que ver acrecentada su sorpresa y desilusión al fijarse en que la mirada de Joan había quedado fija en la del joven con arrobada ilusión.

En un arranque de despecho, Penny exclamó, procurando dar a sus palabras un desdeñoso tono de indiferencia:

—¡Ah, sí! Esa es Joan. Está prometida —aquí recalcó cuanto pudo la frase—. Vamos a sentarnos.

Y se sentaron. ¡Qué torturas pasó entonces nuestra pequeña heroína para evitar que el joven lo hiciese al lado de Joan! Fué un juego terrible y divertido a la vez. Un juego extraño en el que pese a todos los esfuerzos de nuestra ingeniosa niña el fluido misterioso que acerca los corazones afines avanzaba en el milagro de unir el de Harry con el de Joan. ¡Terrible contrariedad! ¿Acaso el caprichoso y cruel azar quería obrar la monstruosidad realmente grotesca de darle a Joan los novios a granel, y a Kay la soledad?

Joan no quitaba los ojos arrobados de encima del joven músico y cada vez que éste lograba sentarse a su lado dejaba traslucir a su rostro el gozo inefable que la invadía. Y allí acudía ya Penny sin dejarlos respirar.

—Harry, venga.

Y cogiéndole de la mano lo llevaba al sofá en que estaba indiferentemente sentada Kay. Mas, ¡oh, horrible desencanto!, ni Kay parecía conmoverse por tan gallarda y fascinadora proximidad, ni mucho menos el joven de tener a su lado tan linda y gentil criatura como esa Kay. Y llevado de su fogosidad el artista se levantaba para expresar otra clase de admiración.

—Si yo tuviese una casa tan confortable como ésta creo que nunca me movería de ella.

Penny le interrumpió para invitarle, al tiempo que le señalaba el sitio vacante, vecinito a Kay.

—Gracias, agradeció el galán.

Y llevado de la irresistible atracción que sobre él ejercía la mirada insistente de Joan fué a sentarse a su lado.

—¡Oh!, no aquí — se apresuró a rectificar Microbio.

Y lo trajo al lado de Kay. En este momento los ojos de Harry se toparon con la mirada embelesada del fiel Binns; el pobre hombre, movido de la misma impaciencia y deseos de Penny, no podía quitarle la vista de encima, midiendo su soberbio porte, en es-

pera del instante en que el corazón de la infortunada Kay caería rendido a sus pies.

—¿Tal vez al señor Harry le gustaría tomar un cóktell o un aperitivo antes de la cena?

Harry, al que la insistencia de aquella mirada impertinente empezaba a exasperar la bilis, le clavó los ojos con ferocidad y contestó para vengarse:

—Un vaso de leche.

—Sí, señor.

Lo excéntrico de su rostro sugirió a las niñas y a su mamá una serie de comentarios a cual más sabroso, a los que el joven, asaz despreocupado contestó con gracioso donaire y vena.

Binns no tardó en estar de vuelta con una fuente sobre la que se alzaba frugal y anacrónico un soberbio vaso de leche.

—El vaso de leche, señor.

Harry, que seguía creyendo que aquel importuno lacayo le había tomado el pelo, trató de asesinarle con una mirada. Y apenas el bondadoso Binns abrió la boca para seguir ofreciéndole sus respetuosos servicios.

—¿Desea el señor...?

El artista le cortó secamente:

—¡No!

Retiróse Binns y la señora Craig, a la que figura y modales de Harry agradaban en grado sumo, le preguntó:

—¿Usted se apellida Lorén, verdad?

—Sí, señora.

—Ese apellido me es familiar. ¿Es usted de Virginia por casualidad?

—No; yo soy de Nueva Hapshire, pero vivo en Nueva York desde hace once meses.

—Y sus padres, ¿están con usted?

—Mis padres murieron —explicó Harry con una sombra de tristeza en los ojos.

—¡Oh!, lo siento.

—Eran una pareja notable —exclamó el joven con arrebato—. El era letrado. Quiso ser músico. Tenía usted que haberle oído tocar el chelo... pero su padre le hizo estudiar leyes. Todos fueron letrados: su padre, su abuelo. Su bisabuelo había sido pirata. Le ahorcaron en Jamaica. Por eso a mi padre no le gustaba usar corbata.

Todas rieron la salida, y Penny metió la patita.

—Nuestro bisabuelo era ladrón de caballos.

La señora Craig le dirigió una mirada dura y reprensiva y se apresuró a rectificar:

—Quieres decir nuestro tatarabuelo, Penny, y él no era el que robaba los caballos.

—Y a él no lo ahorcaron —suavizó a su vez Kay.

Harry, soñadores los ojos, algo pálido por la emoción del recuerdo, prosiguió:

—Papá fué un fracaso como abogado. Nunca pudo hacer dinero. ¡Ah!, sí —rectificó dándose una palmada en la frente—. Una vez ganó un caso. Creo que el otro abogado estaba enfermo. Ganó tres mil pesetas. ¿Y saben lo que hizo? Compró un busto de Beetho-

ven. Mamá se enfadó mucho. Nunca olvidaré aquel día mientras viva. Tiró a Beethoven por la ventana y persiguió a papá con una escoba hasta el granero. Y, no obstante, se querían. Un día se murieron los dos. A mí aún me parece que se marcharon juntos a emprender un viaje.

—¿Y su madre también sabía música? — le preguntó Joan, conmovida.

—Sí; ella fué quien me dió las primeras lecciones. Una vez ensayamos durante el otoño. Cuando llegó el invierno y la nieve cubrió los campos, dimos un concierto. Unos troncos chisporroteaban en el hogar. Afuera escarcha, nieve y viento. En la sala nuestro auditorio; un enorme gato negro y tres galgos. Papá siempre decía que una noche de tormenta, era como una sinfonía en mi menor. Mamá decía que era como un vals de Strauss. Hay un vals que a ella la encantaba.

Brillantes los ojos, casi arrasados por efecto de su propia y emotiva narración se volvió el joven hacia el magnífico piano de cola que había en el salón y pidió ávidamente:

—¿Se puede tocar el piano?

A una amable inclinación de cabeza de la señora Craig, el joven vino hacia el piano, concluyendo:

—Lo tocaré para ustedes. Aquel concierto fué un verdadero éxito. La gata tuvo gatitos aquel año y el cobrador vino a cobrar diez duros o a llevarse el piano, pero le pagamos con los libros de papá. El pobre tuvo la alegría más grande de su vida y mamá se puso a cantar de contenta.

De pronto calló, y, sus dedos, ágiles, educados en una técnica perfecta, hablaron con emotiva dicción el lenguaje sublime del alma. Era un pianista formidable, y las tres niñas, lo mismo que la señora Craig, se recrearon durante algunos minutos con aquella difícil y bella melodía. Mas, ¡ay!, qué pronto había de trocarse aquel éxtasis extrahumano por una explosión de prosa grosera y despreciable.

En mal hora se le acudió a Harry ponerse al piano, cuando desde él podía mirar abiertamente a Joan que se lo comía espiritualmente con los ojos. Como Harry sabía la obra de memoria y tenía una facilidad asombrosa en el teclado mientras tocaba no cesaba de alzar la vista para fijarla en Joan. Penny andaba loca, ora obstruyéndole la visual, esto es, colocándose entre él y la chica, ora mordiéndose la lengua y los labios, y el alma, y todo; y, en fin, volviéndose loca y sintiendo que una rabia incontenible se le subía de lo hondo de su pecho a la garganta agolpándole en ella un tropel de lágrimas de despecho y de furor. Los labios ya le temblaban de cólera, la desesperación sembraba huellas de palidez en sus mejillas, ella estallaría, ¡no, no podía aguantar, haría un disparate! Porque no había duda, no le cabía a ella ninguna, que a Harry no le gustaba Kay como ella hubiese querido, sino Joan y que

la galanteaba a ojos vistos y que, por colmo de befa y de insulto a sus ansias de sacar a Kay a flote de su desgracia, Joan coqueteaba con él.

Y la catástrofe llegó; la provocó el propio Harry con su aire zumbón y su adorable desenfado en ocasión de que, Joan, fascinada por su gallardía y por su genio, se acercase al piano para verle y contemplarlo mejor. Harry no deseaba ni esperaba otra cosa, y, al punto en que le pudo flechar a pocas pulgadas de distancia empezó a dedicarle las más almibaradas e insinuantes sonrisas, y (esto fué lo definitivo para la desilusionada Penny), las acompañó de tan repetidos como picarescos guiños.

Las mejillas de Microbio se incendiaron de rabia, sus grandes y hermosos ojos se tiñeron de venillas encarnadas, brillaron un instante con ferocidad y...

—¡Es precioso! — exclamó Joan entornando los ojos y refiriéndose a la música que ejecutaba el joven; o quizá sea mejor decir, refiriéndose a los guiños deliciosos que la dedicaba.

—¡Vergonzoso! — rugió Penny.

Harry suspendió la sonata y se alzó del piano, exclamando con asombro: —¿Qué?

Microbio se le encaró furiosa, agresiva, pálida ahora, trémula la voz que el desengaño y el fracaso de su sublime diablura enronquecía en su divina garganta.

—Ha de saber usted que mi hermana Joan está prometida para casarse, señor Harry.

—Ya estoy enterado de esa triste noticia, señorita Craig — se dolió entre apenado y zumbón el joven pianista.

—Entonces — le afeó sin ambages nuestra niña, creciéndose en ira y despecho —, ¿por qué no se porta usted como un caballero?

En tales o parecidos casos es corriente, que, el narrador para dar a su lector una idea más o menos aproximada de la sensación que provoca un personaje puesto en la situación de Penny recurra al consabido y común lugar de los aparatos de explosión, diciendo, que tal o cual cosa, que tales o cuales palabras produjeron el efecto de una «bomba». Yo me río, y riannas ustedes, de una bomba, fuese cargada con dinamita o trilita, y aún de un terremoto, comparado todo ello con la impresión que hicieron las palabras de Penny en el ánimo de los presentes. Las miradas convergieron sobre ella con esa congoja del que siente flotar en su conciencia la sospecha de que quien le habla se ha vuelto loco.

—¡Penny! — la reprendió la señora Craig, avergonzada.

Pero Microbio no se intimidó. Impetuosa, no pudiendo pararse a considerar lo impertinente y fea que había de aparecer a su actitud ante los que la escuchaban en su ignorancia de las verdaderas y ocultas intenciones que se la dictaban, lejos de atenuar sus ímpetus y sus sentimientos de protesta recrudeció, encarándose con Harry:

—Yo no le he invitado para que

viniera a flirtear con Joan y si Richard estuviera aquí...

Dejó la amenaza en el aire y ahogó un sollozo. El vivo pensamiento que la movía le quemaba la lengua; ella hubiese añadido: «Si Richard estuviese aquí le diría a usted que es un canalla... o a ella que es indigna de su amor; porque ya robó a Kay su felicidad y ahora va a robarle otra vez la que yo quiero procurarle... sí, la que yo le preparo, pues tenéis que saber que lo que yo quiero es que Kay se enamore de Harry, que le ame ciegamente y para eso, solamente para que Kay sea fascinada por él es por lo que yo he invitado a Harry a cenar». Pero no lo dijo, casi no hubiese podido, tanto era el temblor que sacudía su cuerpo.

—¡Penny! — volvió a reprenderla su madre, cuyo asombro crecía por la turbación.

Confuso, lívido, Harry trató de excusarse.

—Lo lamento, señora Craig. No sé de lo que está hablando.

—¿No sabe de lo que hablo? — le atajó Penny, colérica—. ¿Cree que no hemos visto los guiños y las miradas? ¿Qué no sabe de lo que hablo? Niéguelo si...

—¡Penelope Craig! —la interrumpió severa y autoritariamente su madre— ¡haga el favor de callarse.

—Eso no está bien, Penny — la riñó Joan roja como una amapola.

Pero Penny ya lo daba todo por perdido y en su exaltación, dispuesta a echarlo todo por la ventana de una vez, replicó con rabia:

—Lo que he dicho está bien dicho y no pienso rectificar. Me he dado perfecta cuenta de todo. Se ha estado portando como...

—¡Penny! —la cortó nuevamente la señora Craig—. Deberías pedir perdón por lo que has dicho.

—¡Aun no le he dicho! —bramó Microbio con exaltación— Es usted un grandísimo...

—Ya has hablado bastante — cortó la señora Craig con toda su autoridad de madre. Y añadió altiva e inflexible: —Señorita, márchese usted arriba inmediatamente.

—Está bien, me iré —soltó Penny, furiosa, al tiempo que subía la escalera—; pero se arrepentirá. Aguarde a que nos veamos mañana. Ya verá cómo le canto las verdades. No soy yo la que debería pedir perdón; es él. ¡Tratarme a mí como a una niña! ¡Guiñándole el ojo a Joan! ¡Es un grandísimo... un grandísimo farsante! ¡Ya lo he dicho!

Y así, sólo cuando pudo desembuchar lo que la atosigaba, Penny desapareció escaleras arriba, hurtándose de la vista de sus coloquitores con un portazo feroz.

Por breves instantes nadie osó despegar los labios. Confusión y embarazo les paralizaba a todos la lengua. Bajos los ojos, Harry hubiese querido desaparecer bajo tierra. Corrido, entendiendo que ya nada debía hacer allí, balbuceó:

—Bueno. Me parece que debo marcharme.

—¡Oh!, no, por favor, señor Harry, no se vaya — le rogó la

señora Craig con gentileza, queriendo borrar en el ánimo del simpático joven la impresión de aquel desastre.

—Es que... Ahora me acuerdo que esta noche tengo que ensayar temprano.

—No acierto a comprender lo que le ha ocurrido a Penny — se excusó la apenada señora con embarazo.

—Ella nunca se ha portado así —la ayudó Joan, no menos turbada.

—No, nunca — afirmó Kay.

—Lo creo —concluyó Harry desabridamente—. Cree que no puedo quedarme. He tenido mucho gusto en conocerlas. Gracias por la leche.

Y se volvió para tomar el camino de la puerta.

—Le acompañaré — dijo la señora Craig.

—No se moleste usted —rechazó el joven con más desabrimiento aun si cabe—. Puedo ir solo.

—Como usted quiera. ¡Binns! — llamó la señora Craig—. ¿Quiere usted traerle el abrigo al señor Lorén?

Binns desapareció en la dirección del vestíbulo para obedecer; mientras tanto, Harry estrechó la mano de sus tres anfitrionas. Al llegar a la de Joan, a pesar de lo embarazoso de su situación no pudo reprimir los dulces sentimientos que la chica le despertaba y clavándola los ojos con dulzura se la estrechó más fuerte que a las otras, parándose algunos segundos con suspenso ademán. Joan temblaba. Si Richard hubiese podido penetrar su alma en aquellos instantes, ¡qué amarga desilusión se hubiese llevado!; habría comprendido claramente que no había despertado en ella más que aquella curiosidad simple de que hablamos hace rato, nunca una sincera y profunda pasión.

Harry vino hacia el vestíbulo. Binns, el noble y fiel criado, ya le aguardaba. El buen servidor lo había presidido todo, y él, que estaba en el secreto de Penny, tenía el corazón apretado. Con qué ansia clavó sus ojos mansos y dulzones en Harry, ardiendo en deseos de disculpar a Microbio, aquel diablillo de la casa al que amaba como un padre. Harry miró sus manos con ferocidad; Binns no había traído aún el sombrero ni el abrigo. Luego convirtió la mirada hacia el rostro del bondadoso criado dispuesto a fulminarle; ¿pretendería aquel lacayo acabar de ensañarse en él? Ahora creía ver claro que la impertinencia de sus miradas durante todo el rato que había estado hablando con las señoras Craig obedecían a un punible deseo de fugarse de él.

Binns, temiendo que aquel soberbio mancebo se perdiese para la sagrada causa que se traía entre manos la amantísima y adorable Penny, se dispuso a aprovechar la ocasión para calmarlo; y revistiéndose de valor, dispuesto a morir de un brutal puñetazo de aquel hércules si era preciso, respetuoso, vehementes los ojos, sa-

llendosele el alma por ellos, dijo tímidamente:

—La señorita Penny es sólo una niña, señor.

—No necesito su biografía —respondió Harry, con tajante y furiosa aspereza—. Quiero simplemente mi sombrero y mi abrigo.

—Recuerdo el refrán, señor —insistió Binns, dispuesto ahora a valerse de sus canas venerables para reducir el brío del mancebo—. «El que con niños se acuesta...».

Harry le cortó la moraleja con imponente ferocidad.

—No necesito para nada sus refranes, sólo quiero mi abrigo y mi sombrero.

—Muy bien, señor; pero creo que...

La paciencia del joven músico ya no pudo más. Enrojeció de ira, irguió el busto, que, dicho sea de paso, se elevaba dos palmos por encima de la cabeza del humilde criado y asiéndole a éste por las solapas de la chaqueta, bramó terminante y amenazador, sin dejarle acabar su perorata:

—Escúcheme usted, joven. He tenido que aguantar el peso de su mirada durante toda la noche y si se atreve usted a mirarme una vez más, conseguirá que me enfade y que le abra en canal, para sacarle ese aparato que dice: «Sí, señor. No, señor. Muy bien, señor» y que se lo destroce.

El pobre Binns sintió que el corazón le flaquea, y bajando humildemente la cabeza, dijo con pena su eterna cortesía de doméstico: —Sí, señor.

—Ahora tráigame mis cosas.

Binns, entendiendo que sería inútil cuanto pretendiese recabar de aquel adorable basilisco, se retiró para traerle lo que pedía. Y fué en ese instante estupendo que la casualidad, a veces tan burla y estrambótica, quisiese concluir la violenta escena trayendo a ella la sabrosa y pintoresca distracción del señor Craig.

En efecto, mientras Harry, vuelto de espaldas al sitio por donde había desaparecido el criado, aguardaba el sombrero y el abrigo, el señor Craig llegaba, abría la puerta y se sacaba los suyos. Como hemos dicho, Harry se hallaba de espaldas en forma, que, cuando el multimillonario, que como de costumbre venía con la lista del alta y baja de valores en la mano y la cabeza llena de guarismos, vino hacia el joven y le entregaba sus propias prendas, creyendo que era el criado. Harry, sin mirarle, suponiendo a su vez que el señor Craig era Binns que le traía su sombrero y su abrigo se los arrebató sin mirarle, y con ademán furioso se fué sin dar las buenas noches.

Al instante aparecía el criado con el sombrero y el abrigo del joven músico en la mano. El bueno y humilde de Binns avanzó hacia el señor Craig con la mirada baja, el aire atemorizado y el gabán levantado a la altura de las espaldas imponentes de que él suponía, lógicamente, ser Harry que aguardaba sus prendas para ponérselo. Esto se comprenderá bien

sabiendo que el señor Craig había llegado hallándose él en el ropero y, por tanto, no le había visto.

—Su abrigo y su sombrero, señor — dijo respetuosamente.

Y pásamense ustedes: el señor Craig, que había venido precisamente a cenar y retirarse luego a dormir, pues esto es lo que hace todo buen cristiano al concluir la jornada, estando completamente en la luna con todos sus guarismos y sus millones y sus preocupaciones, se le ocurrió creerse recién levantado, recién lavado y peripuesto con el más tibio sol mañanero y se calló el sombrero y el gabán, mandando a Binns:

—Llama a la oficina; dilea que llegaré dentro de cinco minutos.

Que era exactamente lo que le decía todas las mañanas al disponerse a salir. Y así, con el más estupendo aplomo se dirigió hacia la puerta. Al oír su voz, Binns alzó vivamente la cabeza y al ver que el que él creía ser el joven Harry era como por arte de ensalmo su amo y señor, dilató las pupilas con asombro, parpadeó luego como quien se cree en presencia de milagro o hechicería, y balbuceó:

—¡Oh!, señor Craig. Le ruego me perdone, señor.

—¿Qué te pasa? — le preguntó el millonario, deteniéndose y mirando a su criado.

—El abrigo, señor; el abrigo.

Craig se miró la prenda y al ver con estupor que las mangas le pasaban de muy largo las manos y arrastraba materialmente los bajos por el suelo, exclamó:

—Binns, aquí debe ocurrir algo raro; llama al sastre.

—No, no, señor. Ese abrigo no es suyo, señor. Es del joven que acaba de marcharse, señor.

—¿De quién estás hablando? — preguntó el millonario completamente imposibilitado de representarse la escena que acababa de tener efecto allí.

Por fortuna, la señora Craig que oyó el diálogo, vino hacia el vestíbulo y puso en claro la situación. Luego cogió a su marido por el brazo y calmando su enojo por la pérdida de las prendas, añadió muy seria:

—Yudson, por favor, vamos a cenar. Tengo que hablarte de Penny; creo que se ha vuelto loca.

La canción fatal

Dispuesta a castigarle a Penny su primer desplante, la señora Craig se lo había referido a su esposo en todos sus puntos y comas. Se había mostrado tan escandalizada de la escena, y tan herida en su amor propio no tan sólo de madre, sino de educadora de sus hijas, que el millonario no tuvo más remedio que doblarse a su rotunda propuesta de sacar a Penny de la Academia de Música. Porque así, y sólo así, como decía ella, podría evitarse que su encariñamiento por ese joven músico pase adelante y nos dé mayores disgustos.

Joan y Kay, que se hallaban presentes, pues ese diálogo pasó entre los dos esposos durante la cena.

en la que no estaba Penny por haber sido castigada, eran del mismo parecer que su madre, esto es, que Microbio se había enamorado de Harry, no por otro hilo se podía encontrar el ovillo de su desacostumbrado e improcedente conducta durante la visita del joven. Así que, ante tal cúmulo de pruebas y de castigos, Craig hubo de aceptar las determinaciones de su esposa. Y todo quedó planeado a tenor e inspiración de nuestra digna dama, que, como sus congéneres, no iba remisa en cuanto de ardides se tratase; después de cenar, Craig mandaría bajar a Penny a su despacho, la haría cantar, y, luego, al concluir le diría: «Veo que se te está estropeando la voz; te prohibo que vuelvas a la Academia».

Y no fiándose de la puntualidad harto discutible de su marido, la precavida señora de Craig le hizo anotar esta diligencia en su libretito de notas. Así no se le olvidaría. Y la señora Craig se retiró con la conciencia de haber contribuido en parte muy principal a la buena educación de su hija.

Esta, que se había retirado a su habitación, aguardaba el yantar metida en la cama. Porque, a Penny podían las penas trastornarle el alma, pero de ningún modo el estómago, cuya salubridad era hecha a prueba de contingencias. Tenía, pues, un hambre canina.

Binna velaba por su señorita y apenas tuvo ésta tiempo de componerse un poco el pelo, cuando los nudillos del fiel servidor llamaban suave y discretamente en la puerta de la alcoba. La niña adivinó que era él, y aun supuso que le traían el regalo que sus adorables carrillos esperaban, pero no pudiendo dominar un sentimiento infantil de protesta por el fracaso a que la abocaron las consejas del criado, contestó enfurruñada:

—No se canse de llamar; aquí no hay nadie.

El noble y venerable doméstico sabía hasta dónde debía considerar los arranques de aquel orgullosillo diablillo, y, lejos de retirarse, abrió la puerta y avanzó hacia la cama, trayendo en la mano una fuente cargada de platos y no vacíos, precisamente; una fuente cuyo contenido parecía destinado a algún ogro devorador. El pobre hombre venía acoquinado, apenada el alma, triste y cabizbajo. Con afán de rehabilitarse a los ojos de su amada señorita, exclamó:

—Le traigo un bistec con patatas, señorita Penny.

—¿Bistec? —respondió la niña, clavándole los ojos con aire enojado, relacionando el plato con la desvergüenza de Harry—. No se le vuelva a ocurrir mencionarme el bistec.

—Vamos, señorita Penny, tiene usted que comer — rogó dulcemente el doméstico.

Y puso la fuente en la falda del diablillo, instándole a que se zampase su suculento y tentador contenido.

—¿Para qué? — dijo Penny con desdén.

Y al mismo tiempo que hacía con afectada desgana un ademán para rehusarlo, clavaba en él sus ojos brillantes y ansiosos, y de un voraz ataque con el tenedor llevaba una formidable tajada a la boca. Y mientras, entre carrillo y carrillo, protestaba, todavía con viveza.

—No me interesa. También dije usted «alto, moreno y guapo...».

Binns se mordió la lengua; pero a su edad se tienen muchos recursos y se apresuró a justificarse.

—Olvidamos algo muy importante. Hay una vieja tradición para estos casos. Según esa tradición, morenos y rubias se atraen entre sí.

—Sí —respondió con la boca llena Microbio, y meneando la cabeza con ironía—, y ha metido la pata la tradición. No hizo otra cosa que mirar a Joan toda la noche. Ya cogeré a mi hermana por mi cuenta.

—La señorita Joan no ha tenido la culpa —disculpó el doméstico con suavidad—. Morenos y rubias, rubios y morenas son la pareja ideal de todos los tiempos.

—Eso haberlo dicho antes —protestó enojada la niña, pero sin dejar de comer.

—Sí, ya lo sé, señorita Penny; ahora que no se me ocurrió hasta que me di perfecta cuenta del interés que despertaba en ese caballero la señorita Joan.

—Una cosa así puede traer serias consecuencias. Suponga que se enamorase realmente de Harry y que deshiciese su compromiso con Richard. ¿Estaría bonito esto...?

Al llegar aquí de su protesta, Penny quedó suspensa, pendiente el ademán ante su boca, de la que colgaba una magnífica tajada de jamón; los ojos le brillaron de una manera extraña y sus facciones todas se iluminaron con esa expresión de júbilo que nos produce una idea grandiosa de la que depende enteramente nuestra fortuna.

—¡Qué lástima! — se dolió Binns, con sincero sentimiento, sin advertirse del brusco cambio acaecido en el semblante de la niña.

Esta le detuvo con un ademán vivo y alborozado.

—Déjeme pensar, Binns.

Y cogiendo la fuente se la devolvió al criado, dándole a entender que ya podía irse y llevársela. Binns obedeció sorprendido, y salió musitando aún:

—Los morenos y las rubias son como el día y la noche, señorita Penny; siempre va el uno tras el otro.

Penny había quedado como clavada en el lecho, fijos los ojos en un vago remoto con extática y radiante inmovilidad. Por sus pupilas cabrilleaba la luz de una idea rutilante. Las palabras que acababa de pronunciar ella misma habían removido algo sensacional y tremendo que rodaba por las profundidades de su espíritu vivaz: «suponga que Joan se enamorase realmente de Harry y deshiciese su compromiso con Richard...». Sí, eso era, eso era la solución, el

Joan no quitaba los ojos arrobados de encima del joven músico.

La niña se le encaró furiosa, agresiva, trémula la voz que el desengaño y el fracaso de su sublime diablura enronquecía en su divina garganta.

— Le traigo un bistec con patatas, señorita Penny — ofreció el fiel Binns.

—¿Qué quieres Penny?—le preguntó su padre.
—Yo nada—contestó la niña—. Eres tú el que me ha llamado.

—¡Penny! Te prohibo que vuelvas a la escuela de música.

—¿Pero... es que creía que yo estoy enamorada de ese tonto?

Al aparecer Joan en el dintel de la puerta, nuestro diablillo se quedó clavado en el suelo y su rostro mudó tres veces de color.

—No llores hijita. Podemos hablar a solas. ¡Vamos, vamos! Tendrás que decirme lo que te pasa si quieres que te ayude.

camino: inducir a Joan a amar a Harry; ¡estupendo! Si pudiese lograr esto, Richard quedaría libre y quizá entonces se le abriesen los ojos a la realidad del inmenso amor que le tenía Kay y concluyese por amar a ésta y pedirla en matrimonio.

Penny batió palmas. ¡Qué idea más grande! Y cuán grande había de ser su proyecto cuando por él olvidaba el bistec, el jamón y toda esa porción de tonterías deliciosas de que estaba llena la fuente que le trajera Binns. Ya deseaba que pasase la noche; se vestiría e iría a la Academia y daría principio a la reconquista de Harry para su hermana Joan. Juntó las manos con amor; ¡qué feliz sería si lograse la felicidad de sus dos amadas hermanas! Por ellas lo hacía todo. Los días felices de su infancia se le representaron rutilantes como un ensueño; infancia feliz, rodeada de comodidades, de cariño... y entre todo ello surgía como un bello surtidor de perlas en medio de un estanque encantado el cristalino gorjeo de las risas de sus dos hermanitas al arrullarla con amor, y el sonoro chasquido de los besos con que le cubrían las sonrosadas mejillitas de revoltosa precoz... ¡Cuánto las amaba!

Pobre Penny, que se entregaba anticipadamente al placer de su puro y sublime triunfo, sin saber que su mamá había concebido otra idea que se lo había de impedir.

Cuando más embelesada discurría su ilusión por esos caminos floridos de pura generosidad, entraron Joan y Kay. Muy lejos de sospechar que Penny se hallaba en aquellos instantes tejiendo la tela de su felicidad, ilusionado el corazón, henchida el alma de poesía, vinieron hacia su cama con las más prosaicas intenciones.

Apenas las vio aparecer, Penny saltó de alegría en su cama, creyendo que era Dios quien se las ponía delante para que empezase su obra. Y el adorable diablillo la comenzó. Kay ya no le interesaba ahora; así que, volviéndose hacia Joan le preguntó con finísima intención:

—¿Qué le pareció mi amigo, Joan?

—Papá le aguarda en la biblioteca — la informó Joan como si nada hubiese oído.

—¿Te gustó cómo tocaba el piano? — insistió Penny haciendo a su vez la distraída.

—Papá quiere verte inmediatamente — reprodujo Joan algo nerviosa.

¡Cualquiera renunciaba a sembrar las primeras semillas de amor en aquella primera ocasión!

—Voy en seguida. Antes quería hablaros de... ¿Te fijas en sus manos cuando ejecutaba aquellos arpegios? — hiperbolizó Penny acompañándose de infinitos y exagerados mohines de admiración. — ¡Oh! yo creo que es maravilloso. No se puede negar que es un genio.

—¡Uh! — soltó Joan no pudiendo evitar un secreto estremecimiento.

—Yo creo que es el mejor con-

certista de América y no me equivoco.

—Desde luego toca muy bien, pero tú deberías recibir una paliza — concluyó Joan.

Saltando, gozosa, de la cama, Penny se puso la bata y se encaminó al despacho de papá. Iba a él contenta, inconsciente de lo que le esperaba, puesta su alma toda en un solo pensamiento: lograr la felicidad de sus queridísimas hermanas.

Cuando la niña se introdujo en el despacho, el señor Craig se hallaba materialmente engolfado en sus eternas conferencias con Londres. Todos los días, antes de retirarse a dormir tenía necesidad de soltar un berrinche contra sus representantes de allende el mar, quejándose de su desidia o bien amenazándoles con ahogarles de papel; así, después podía ir a la cama con la convicción de haber añadido algunos guarismos más a la vertiginosa Babel de números y precios en que se movía su existencia.

En el momento de aparecer Penny acababa de dejar el auricular en espera de la conferencia. No se crea por esto que su imaginación estuviese ociosa. Del teléfono había saltado al cuaderno de notas y ya volaba por las regiones en que los números van y vienen, se cruzan y entrecruzan en revoltijo loco y vertiginoso. Si en aquel instante se le hubiese preguntado cuántas hijas tenía, hubiese contestado seguramente: «Cinco millones cuatrocientas mil».

Por esto al saludo de Penny:

—¡Hola!

El millonario respondió, alzando apenas la cabeza, ausente:

—¡Hola, hola!

A lo mejor pensaría que se hallaba en el comedor y era muy natural que por él apareciese su niña, pues volvió a engolfarse en sus papeles; y habría permanecido así hasta el día del Juicio, si Penny no hubiese tosido.

—¿Qué quieras, Penny? — la preguntó sin alzar la cabeza.

—Yo nada —contestó la niña, moviendo los hombros con extrañeza— Eres tú el que me ha llamado. Joan me ha dicho que tú querías verme.

—¡Oh, no, se ha equivocado! — exclamó Craig completamente distraído. Pero al instante rectificó con brusquedad. —¡Ah! no, no. Es verdad, es verdad. Es cierto, sí. ¡Cántame algo!

Por fortuna esta vez su cerebro entonaba.

Penny le miró asombrada, creyendo que su papá era víctima de una de sus habituales y descomunales confusiones. Porque, ¡mira que llamarla cuando nadaba en el agua de rosas de sus cifras para que cantase! ¡Y a aquella hora y en el despacho nada menos!

—¿Que cante? — le preguntó para ver si le volvía a la realidad.

—Sí, canta — se ratificó con énfasis. — A ti te gusta cantar, ¿no? Entonces, siéntate ahí y cántame algo.

—¿Aquí? — preguntó Penny se-

ñalando la butaca que le indicaba su padre.

—Sí.

—¿Ahora?

—Sí, mujer; no te preocupes, canta.

—¿Y para qué quieres que cante?

—Eso ya te lo diré. Primero tienes que cantar.

Penny se sentó en la butaca, cruzó los brazos con turbación y quedó un instante confusa.

—¿Qué te pasa? — le preguntó Craig.

—Pues que no sé qué cantarte.

—Eso es lo de menos. Lo que tú quieras, cualquier cosa, con tal de que sea cantar; la primera que se te ocurra.

—¿Qué te parece «La última rosa de la primavera»?

—Muy bien, muy bien. Anda, canta.

Y Penny cantó; voz de ángel. Craig la escuchó arrobado, fijos los ojos en el suelo, en mística concentración. Gozó de uno de esos instantes sublimes en que el hombre supera la materialidad de la vida para compenetrarse con el espíritu de Dios. Además, el millonario amaba a la música; era el único en la familia que no sólo sentía devociones musicales, sino que las entendía. Penny ya lo había dicho cierta vez, cosa que enorgulleció al mago de Wall Street.

Al concluir, la niña le preguntó:

—¿Más?

Craig tardó algunos instantes en contestar. Su alma, estaba deslumbrada y rehusaba retornar a la realidad; ¡se sentía tan dichosa en aquella sublime y tan rara abstracción! Una especie de oración mental le tenía absorto, lleno de gratitud hacia lo alto por el bien que le hiciera al darle una hija adornada por tan excepcionales gracias. Bruscamente, en un arrebato de admiración avanzó hacia Penny y cogiéndola dulcemente por los hombros eburneos y venustos, en vez de la enérgica e inapelable prohibición de volver a la Academia de Música que esperaba la señora Craig, la dijo dulcemente:

—Has cantado muy bien, Penny. ¡Maravillosamente!

Y bajo el doble efecto de la admiración y de su innata distracción, añadió con absoluto aplomo y paternal bendición:

—Ahora vete a dormir como una niña buena.

Ya había metido la pata. Lo que le mandara su esposa había volado completamente de su cabeza. Esto hubiese sido una solemne ganga para Penny si consciente de la misión de su olvidadizo papá se hubiera retirado al instante, porque aun en el caso improbable de que el millonario recordase lo que verdaderamente tenía que decirle, quizá esto no hubiese ocurrido hasta el día siguiente al caer de la tarde y la niña ya habría tenido tiempo de principiar su reconquista. Pero nuestro diablillo, viendo a su papá en tan buena e insólita disposición de ánimo y tan atento a ella y a sus cosas, quiso aprovechar la ocasión y lejos de retirar-

se como la autorizaba, le dijo:

—Entonces, ¿me has llamado sólo para oirme cantar?

—Sí.

—Hacía mucho tiempo que no me pedías que te cantase algo.

—¡Ah! estoy tan ocupado — se dolió Craig.

—¡Oh! sí, ya lo sé. Esta mañana traté de comunicarte algo y...

—Dímelo ahora — concedió el millonario con absoluto sosiego.

¡Al fin!

—Pues aquí está pasando una cosa que me tiene preocupada.

—¿Qué es ello, Penny?

La niña no titubeó un segundo. Su papá era tan bueno y amoroso con ella, que estaba segura de que la habría de ayudar en la ejecución de su plan.

—Verás. ¿Recuerdas que Joan se prometió en aquella fiesta? Después... Después yo... yo averigué que Kay...

Aquí de su tímida y balbuceante explicación, Penny sintió como un latigazo en el corazón al oír que el teléfono soltaba su llamada rasgada y estridente.

Craig pegó un salto y se abalanzó impetuosamente al aparato, exclamando:

—¡Ese es Londres!

Penny habría pegado fuego a Londres. Siempre era ese maldito Londres el que se metía, con impertinencia brutal entre ella y su padre. La pobre niña se quedó por algunos momentos como clavada en el suelo con la esperanza de que aquella importuna conferencia fuese breve. Pero, al parecer no había de serlo, pues el señor Craig se zambulló al momento en sus pilas imponentes de cifras. Penny, no obstante, habría seguido aguardando paciente hasta el fin si su papá en un instante de espera, sin dejar de escuchar, con ese arranque desmemoriado y excéntrico tan suyo no se hubiese vuelto hacia ella, despidiéndola:

—¡Buenas noches, Penny!

Considerando que todo había concluído, la niña se encaminó lentamente hacia la puerta para abandonar el despacho, apenada. Mas antes de llegar a ella, Craig colgó el aparato; miró al librito. ¡Atisa! La nota aparecía allí. Se precipitó al encuentro de Penny, la detuvo bruscamente y encarándosele con gravedad paternal la dijo, seca y atropelladamente:

—¡Eh, Penny, Penny! Te prohíbo que vuelvas a la escuela de música. Eso es. Tienes una voz horrible. Es una pérdida de dinero y una pérdida de tiempo.

Y se quedó mudo repentinamente, como espantado de sus propias palabras. Aunque, el asombro que se produjo a sí mismo no superó en mucho al en que sumió a Penny. La pobre niña clavóle sus ojos con espanto.

—¿Qué es lo que dices? — exclamó, resistiéndose a creer lo que oía.

—Creo haberte hablado bien claro — se ratificó el millonario, autoritariamente. — Se acabaron las lecciones de música.

—Pero, ¿por qué — preguntó

Penny, cuyo asombro rayaba en terror.

—Tienes que descansar; tu voz se está estropeando.

—¡Pero si acabas de decirme que era maravillosa!

—Pues me equivoqué — concluyó Craig, después de breve titubeo.

—Eso no puede ser; lo que estás diciendo no tiene ningún sentido. Llama a mi maestro de canto; llámalo en seguida.

—No estoy ahora para llamar a nadie. Está resuelto, completamente resuelto. No volverás a esta escuela. Se acabó.

Penny aun rogó a su madre que intercediese; la severa señora acababa de entrar. Poco podía suponer Penny que no era precisamente ella quien había de interceder a su favor.

D. Yudson Craig contempló a la niña abandonar el despacho con una pena que le agarrotaba la garganta; en su fuero interno tenía la convicción de que acababa de cometer una barbaridad.

Nuestra heroína salió anonadada. Eran dos las penas que su padre terminaba de clavar en su pecho como dardos envenenados: la de que su voz se destrozaba y la de privarla de llevar adelante su plan prohibiéndola asistir a la Academia. Esto último le había tocado en lo más hondo de sus entrañas. ¿Cómo hacer ahora para ver a Harry? ¡Y hoy, nada menos, cuando tan soberbio plan había concluido! ¡Si hubiese podido disponer tan sólo de un día de margen! Todo su ser hubiese dado para lograr tan sólo un día de libertad, correr a la Academia, coger a Harry por la oreja y traerlo nuevamente a casa para entregarlo a Joan, completamente acaramelado.

La imagen dolorosa de Kay surgió en su imaginación en todo su conmovedor y perpetuo sacrificio. Paróse en medio del espacioso corredor, profunda su alma de terribles presentimientos... ¿Y su voz? ¡No, su voz no podía ser mala; si su profesor no se cansaba de repetirle todos los días que la superaba por horas y que concluiría por estar en posesión de la mejor garganta de América! Se sentó en la base de una de las numerosas columnas de mármol que decoraban el corredor y soltó un «do» agudo a la octava, que le salió puro y cristalino como el trino de un ruiseñor.

Extrañadas de la inoportunidad de aquel grito, Joan y Kay abrieron la puerta de su alcoba y aparecieron en el corredor.

—¿A qué viene ahora eso? — le preguntó Joan.

—¿Lo he hecho mal? — inquirió Penny, con un mohín de orgullo.

—No, al contrario — aprobó sinceramente Kay.

—¡Pues claro que lo he hecho bien! —afirmó Penny, segura de sí misma—. Y añadió con apenada ironía: —Sin embargo, mi voz no sirve. Es ganas de perder dinero.

Joan y Kay cambiaron una mirada de inteligencia, y cogiéndola cariñosamente del brazo la llevaron con ellas a la alcoba. Allí, en

la impenetrable intimidad, creyeron llegada la hora de sincerarse, y Joan, como mayor y más experimentada, miróla a los ojos fijamente un instante, y tomando un aire entre picaresco y burlón, exclamó:

—Vamos, Penny, déjate de comedias...

—¿Comedias? — preguntó microbio subiéndose en extrañesa.

—No se trata de tu voz — empezó a insinuarse Kay.

—Se trata de Harry — aclaró brutalmente Joan.

—No quieren que vuelvas a verle.

—¿Harry? ¿Os referís a Harry Lorén? — pidió Penny con impaciencia e inquietud.

—Tú estás enamorada de él, ¿no es cierto? — la tiró de la lengua, sin ambages, Joan.

—¿Cómo dices? — exclamó Penny aguantándose a duras penas la risa.

—Creen que te lleva muchos años — prosiguió Joan como si nada hubiese oído, adoptando un aire inteligente de mujer ducha para la que ningún corazón de chiquilla podía esconder secretos.

—Pero... pero ¿es qué creéis que yo estoy enamorada y de ese tonto? — estalló Penny con divertido estupor.

—No te hagas la inocente — dijo Joan indulgente.

—¡Es la barbaridad más grande que he oído en mi vida! — exclamó Penny, levantándose para dar expansión a su asombro, comprendiendo al fin el error en que los había sumido a todos su secreta y sublime diablura.

Joan y Kay, despechadas y molestas por lo que ellas suponían una incomprensible terquedad de su hermana, impropia de ser usada con ellas, la dijeron a un tiempo:

—Con nosotras no tienes que fingir, microbio.

—Pero si yo no finjo —protestó Penny, alborozada—. ¿Pero de qué estáis hablando? Si casi no le conozco. Si hoy ha sido el primer día que he hablado con ese muchacho.

—¿De veras? — preguntó Kay, sorprendida, empezando a dudar.

—Entonces, ¿por qué le invitaste a cenar? — la atajó Joan, astuta y maliciosa.

—Aclaranos tu comportamiento de esta noche —remachó Kay, otra vez incrédula—. Pues sólo porque sonrió a Joan, por poco te lo comes.

La habían cogido, la tenían acorralada... Claro que ella hubiese podido salir brillantemente del paso con tan sólo decir la verdad, ponerse al descubierto, declarar sus propósitos. Pero esto era imposible si no quería echarlo todo a perder; sólo al imaginarse lo roja de vergüenza que se pondría Kay y el «cataclismo» en que estallaría Joan, la pusieron el corazón así de chiquitito. Y calló, es decir, no calló, siguió hablando, pero ya a trompicones, con lengua balbuceante, y pálida y turbada:

—Porque yo... veréis...

—Porque tú, ¿qué? — la atajó Joan impetuosamente.

—Porque queríamos daros una sorpresa... Yo le había invitado a... a...

No había por donde huir.

—¿A qué? Dinoslo de una vez. ¿Por qué te pusiste tan celosa si no estás enamorada? — la apremió nuevamente Joan.

La lengua la quemaba, estaba a punto de soltarlo todo de una vez. Pudo no obstante contenerse y quitándose el salto de un revolón se echó en la cama, arrebujóse la colcha y concluyó:

—Está bien, estoy enamorada. Buenas noches.

Tan precisa y concisa declaración dejó en el ánimo de Joan y Kay la convicción de que habían dado en el secreto de su hermana. No podían suponer otra cosa. ¿Quién se iba a imaginar el tremendo programa que bullía en el cerebro feroz de microbio?

Así que, apagaron las luces y se metieron en la cama. Joan, como de ordinario, no tardó en quedar sumida en profundo sueño. No así Kay. De corazón delicado y espíritu sensible, la oscuridad de la alcoba lejos de invitarla al descanso removió más intensamente la tormenta que bullía en su pecho. Cada noche, a partir del día en que se prometieron Joan y Richard, esperaba esta hora de recogimiento con extraordinario afán. Era la única que le proporcionaba el amargo deleite de pensar en el hombre que amaba y que jamás sería suyo, y llorar su pérdida en el silencio secreto de su corazón. Aquel día sus lágrimas brotaron a sus ojos más ardientes que nunca, más profundas y desgarradoras, a la pena de su alma vino a sumarse la que adivinaba nacer en la de Penny. No es preciso insistir en que había creído a pies juntillas la seca declaración de la niña con respecto a Harry y acudió a su mente atribulada en mil trágicos desenlaces el drama a que iba a ser abocado el corazón enamorado de su hermana al coincidir con su encariñamiento la fatal determinación de su madre prohibiéndola asistir a la Academia. Midió la intensidad del dolor de Penny al través del suyo propio y sintió como si una garra le apretase fuertemente el pecho, las lágrimas se agolparon a sus ojos, se oprimió la garganta para ahogar los sollozos, se revolvió en la cama, destrozada el alma; y, al fin, no pudiendo reprimir tan impetuoso caudal de dolor, estalló en un alarido ronco.

Penny tampoco dormía y al percibir el estrangulado sollozo, se incorporó y llamó en voz de falsete para no despertar a Joan:

—¡Kay!

El corazón no la había engañado, Kay no sólo no dormía y sufría por ella, sino que, no pudiendo resistir a solas tan sufrimiento, se había levantado y palpaba ya sus ropas en la oscuridad. Penny tuvo un sobresalto al ver la sombra de su hermana y un estremecimiento de hielo recorrió su espinazo al oírla decir quedamente:

—¿No puedes dormir, microbio?

—No — contestó Penny fijando sus ojazos brillantes en la sombra para descubrir el rostro de su hermana.

Kay sintió un frío extraño, una sensación escalofriante de soledad y desamparo, y alzando la colcha se metió en la cama de Penny. La abrazó el cuello tiernamente, atrajo hacia sí su cabeza y la estrechó con delirio. Soltó un sollozo conmovedor y, entrecortada la voz, trémulo su cuerpo, agitado el pecho por una tempestad de amor y pena, la preguntó:

—Le debes querer mucho, ¿no es cierto?

Penny sintió las mejillas mojadas por las lágrimas de su hermana y se estremeció. Tiernos y contrapuestos sentimientos removieron su alma; penetró aquel corazón sublime, adivinó cuanto pasaba en él, y no pudiendo contenerse, soltó también el torrente silencioso de sus lágrimas.

—No, de veras —negó apretándose contra ella y confundiéndose entrambas en estrecho y tierno abrazo—. No es eso, yo...

Un sollozo la ahogó la voz. Kay la estrujó con frenesí, creyendo que era el natural rubor del primer amor lo que la inducía a seguir negando las ansias de su alma.

—Lo sabía —prosiguió, sin atender su negativa, volcando más lágrimas en aquellas tiernas mejillas—. Ya verás como al final se arregla todo.

—No — volvió a negar Penny.

—Ya lo verás, microbio. Yo te ayudaré.

Y en un exaltado arrebato que conmovió las suaves sombras de la alcoba, perdida la niña en el torrente de su dolor, casi hundiendo en su carne el cuerpo de su hermana, que apretaba con convulsivo frenesí, añadió:

—Tienes que hacer por verlo, Penny. Insinúate de algún modo para que se dé cuenta, sino, serás siempre desgraciada y luego, si él llega a enamorarse de otra persona ya no tendrá remedio. Sólo pensarás en él y, finalmente, tu único deseo será poder estar sola en alguna parte para que no te vean llorar. Créelo, Penny, tienes que hacer algo, te lo aconsejo.

Esta vez fué Penny quien estrechó con furia a su hermana como si temiese que una fuerza oculta se la iba a arrebatar; le acarició tiernamente las mejillas llenas de lágrimas, la besó con transporte, bebió sus lágrimas, la prodigó mimos frenéticos... Kay ni podía suponer que aquellas exaltadas demostraciones de afecto de Penny no arrancaban de un simple afán de consolación, sino de las honduras del alma en que Microbio guardaba el impenetrable secreto de haber descubierto su escondido amor por Harry.

Siguiendo el hilo de su pensamiento, en el que bullía una resolución firme y heroica, tratando, inútilmente, de dominar los convulsos sollozos que el dolor agolpaba en su garganta, dijo Penny, quedo como un suspiro.

—Ya verás como lo hago. ¡Ya lo verás!

Y aquella noche las dos hermanas velaron juntas su inmensa aflicción, mezcladas las lágrimas, unidos los cuerpos, apareiadas las almas en vuelo puro de abnegación y sacrificio.

La bofetada del amor

Sin haber pegado el ojo en toda la noche, Penny se levantó antes que nadie en la casa y procurando hacer el mínimo ruido posible cumplió todos sus menesteres con gran rapidez. Mientras lloraba abrazada a su hermana durante la noche, había hecho una inquebrantable decisión: era de vida o muerte para Kay. Iría a la Academia y reconquistaría a Harry, para Juan esta vez. Su plan se topaba con la muralla de bronce de la señora Craig prohibiéndole volver a la Academia; pero Penny barrió esa muralla imponente e irreductible de un sencillo soplo: el soplo de su férrea voluntad que movía el amor hacia sus dos amadas hermanas.

¿Que cómo superó nuestra heroína la barrera que a su alrededor había construído su mamá? Muy sencillamente, la superó, vistiéndose con cautela, atravesando el corredor con sigilo, abriendo la puerta sin ser vista de nadie, ni tan sólo del fiel y vigilante Binns y saliendo a la calle con ligerito y gentil paso. En plata lo logró escapándose. Y que saliere lo que Dios quisiere. Lo mandaba la ley del corazón.

Al entrar a la Academia, el corazón le palpitaba desbocadamente. ¿De qué talante hallaría a Harry? Porque, realmente, su comportamiento para con él en la noche anterior ruyó en la brutalidad. No tardó en salir de dudas; a los breves momentos y coincidiendo con la ocasión de que la niña despedía a su estimado y sufrido profesor, apareció el arrogante mancebo.

Apenas le vió, Penny se le echó detrás. Si no hubiese sido por las preocupaciones que embargaban el ánimo de la niña, la presencia del joven la habría desatado la máquina de la hilaridad con todo su trapo y sonoro alborozo, pues Harry, terco y cabezudo, venía todavía vestido con las prendas del señor Craig. Y si a éste inferior en talla, el gabán del artista le sentaba un crecido número de pulgadas por debajo de sus pies, al chico el del millonario no le llegaba más allá del primer cuarto de muslo. En cuanto al sombrero, las suertes estaban invertidas, porque una de las partes más fenomenales de don Yudson Craig era su cabeza, mientras que, en Harry, ésta adolecía más bien de menguada; consecuencia: que aquel día nuestro bizarro galán pudo ahorrarse las gafas contra el sol, pues el sombrero le cubría y protegía perfectamente los ojos.

Harry, tieso y afectando la arrogancia cómica de quien se siente larga y profundamente ofendido,

dió despreciativamente la espalda a nuestra heroina, encaminándose hacia el guardarropa.

—¡Harry... Harry! —le llamó Penny, con ansia—. Por favor, escúchame solo un minuto, ¿quieres, Harry?

El joven se volvió un instante y clavándole una mirada feroz, dijo con desprecio:

—¿Recuerdas que me llamaste farsante? Bueno, dejemos eso. ¿Has traído mi abrigo y mi sombrero?

—No, no los he traído.

Habían llegado al guardarropa, un pequeño cuartucho en el que se hacinaban las chaquetas y los sombreros de los pobres y sublimados artistas y que el tiempo y la estrechez ribeteaban de pringoso lustre. Harry entró dentro, Penny le siguió con ademán suplicante.

—Pues hasta que me traigas mi sombrero y mi abrigo, me quedaré con éstos — afirmó el joven con sequedad, mientras se los quitaba y los colgaba en la percha.

—Harry, Harry, por favor, escucha. Quiero pedirte perdón por lo de anoche — rogó humildemente la niña.

Sin dignarse volver la vista hacia ella, Harry concedió secamente: —Está bien, pídelo.

En el fondo, tanta gracia, donaire y humildad reunidas, empezaban a ablandarle el propicio corazón. Ya era un buen principio para Penny, quien se apresuró a exclamar con voz cada vez más suplicante:

—Ya lo he hecho. Ya te he pedido perdón; ¿lo has oído?

—¿Y qué? — preguntó Harry, con la misma desesperante frialdad.

—¡Oh!, vamos, no te enfades. ¿Es que no vas a perdonarme lo de anoche? — Y añadió con un aplomo formidable mirando fijamente al joven y previniéndose contra un «cataclismo». — ¿Y si fueras a cenar hoy a casa? Yo no creo que vayas a dejarme mal...

Esta vez sí que se volvió Harry, y cruzándose de brazos, enarcando los arcos superciliares, bufando como la tramontana, bramó:

—Escucha; ¿pero tú por quién me has tomado?

—Esta noche habrá bisteques — probó nuestra heroina, esperanzada de casarle por la parte más susceptible en los artistas.

—Escucha bien —se ratificó el gallardo Apolo, remedando por su boca el estruendo del huracán—. Yo no volvería a cenar en tu casa, aunque me pusieran lenguas de jilguero.

Era para morirse de angustia. Penny hubiese colgado de una higuera al filósofo que inventara la dignidad.

—Lo de anoche no fué culpa mía, Harry; créelo.

—¡Ahora resultará que tengo yo la culpa! — exclamó el artista con espantable ironía.

—No, la culpa no fué tuya, pero tampoco fué mía; fué de Joan — acusó Penny, sin pensarlo más.

—¿Has venido a convencerme de que fué tu hermana?

—¡Oh!, no, no vayas a creer que trajo de culparla a ella. Lo hizo sin querer.

—Ella no hizo nada. Fuiste tú y nadie más que tú la...

Penny vió llegado el momento de tomar la ofensiva a fondo y le interrumpió, procurando dar a sus ojos y a sus mohines un almibarado brillo picaresco.

—Eso es lo que tú crees. Tendrías que oírla. Nada más que fueras la mitad de lo que ella cree, serías un Adonis.

Las facciones de Harry se iluminaron. Que no hay como rondarle la pava a la vanidad para acabar con la mismísima fiereza.

—¿No habías dicho que estaba prometida? — preguntó el joven abriendo unos ojos como soles y arrojando por ellos vivas llamaradas de ilusión.

—¿Prometida? —exclamó el diablillo lleno de sonrisas, brincándole de gozo y esperanza el corazón y dando a sus palabras una entonación desdeñosa y despreocupada—. ¡Oh!, vamos, Harry. Tú sabes muy bien que el estar prometida no significa gran cosa. Mi prima Carolina ha estado prometida seis veces y aún no se ha casado. Esta es la primera vez que Joan lo está y todo el mundo sabe que un primer compromiso no quiere decir nada.

La semilla estaba sembrada, y la formidable niña pronunció estas palabras con un cinismo adorable y con un candor que partía el alma. Porque es lo que ella pensaba mientras hablaba: que no había por qué desesperarse si alguna vez una niña de su tierna edad caía en tales abusos de confianza sin enrojecer como una amapola, ni sentir enojosos pesos en la conciencia. ¡Es tan mísero y pecador el pobre barro humano!

Harry ya sonreía francamente, abiertamente. ¡Qué dulce, qué fascinador era el timbre de la voz de Penny cuando hablaba así!

—Cuéntame más — pidió con ardiente y ávida voluptuosidad.

—Me he escapado para venir a hablarle —prosiguió Penny con aire de triunfo—. Nadie sabe que yo estoy aquí.

Esto dijo Penny sin titubear y, añadimos, sin ver lo que a su espalda ocurría. Y lo que a su espalda ocurría llenó de gozo a Harry. Antes de pasar adelante incumbe que nos expliquemos. Es el caso que Penny se hallaba colocada de espaldas a la puerta de entrada al cuartucho, y, por consiguiente, no podía ver lo que en ella pudiese pasar, mientras que el joven artista estaba situado cara a la entrada de forma que nada podía ocurrir en ésta que él no pudiese ver y controlar. Pues bien, Harry acababa de ver asomar por la puerta la figura gentil, y para él seductora, de Joan.

Lo que había ocurrido es fácil de imaginar. Apenas la señora Craig se levantó, pidió por Penny y no dando con ella por todos los rincones de la casa, se puso como un basilisco, tronó como una tempestad, y llamando a Joan la dijo:

—Nena, estoy convencida de que

Penny se ha ido a la Academia contraviniendo mis órdenes; te vas allá inmediatamente y me la traes aunque ella no quiera. El castigo que voy a dar a esa revoltosa sonará, sí, os digo que sonará.

Y, naturalmente, Joan se había apresurado a obedecer a su mamá. La Providencia no podía disponer las cosas de una manera más estupenda. Al disponerse a abocar al guardarropa, Joan había oído el diálogo que pasaba entre Harry y Penny, y discreta, creyendo en buena fe que los dos jóvenes estaban entregados a las intimidades de un apasionado madrigal, decidió aguardar algunos momentos semiescondida detrás del bastidor de la puerta, para ver si el ardor de los enamorados apaciguaba. Luego penetraría en el zaquizamí y se llevaría al diablillo. ¡Poco podía imaginar la sorpresa que allí la esperaba!

Harry, que, como ya llevamos dicho, la había descubierto con el rabillo del ojo, se hizo maliciosamente el ignorante, y relamiéndose de gusto —y que él nos perdone ese símil zoológico— tiró, así, avidamente, de la lengua al diablillo.

—¿Estás segura de que Joan piensa como dices?

—¡Claro! —estalló Penny con entusiasmo, viendo revolotear ante sí la paloma mensajera del triunfo—. Te aseguro que en cuanto te vió se quedó prendada de ti.

—¡Oh, Penny! — exclamó Harry con ilusión.

—¡Oh, sí! ¿No viste cómo te miraba cuando tocabas el piano?

Al llegar aquí de su perorata, como se ladease un poco, descubrió a su hermana en el dintel de la puerta, pálida como la cera. Nuestro diablillo se quedó clavado en el suelo, y en dos segundos su rostro mudó tres veces de color. Una sangría hecha en sus arterias no habría hallado en ellas una sola gota del rojo y precioso líquido que un momento antes las regaba.

—¡Hola, Joan! —pudo hablar al fin a trompicones— ¡Eh! Harry y yo estábamos hablando de... pues de...

Demudada, corrida, sintiendo un incendio irresistible en las mejillas, Joan respondió secamente:

—El coche está abajo, Penny; coge tu bolso.

Contrastando con la tremenda turbación de las dos niñas, el rostro de Harry expresaba el de quien se halla bañándose en agua de rosas. ¡Qué sabroso, qué suculento era todo aquello... y qué deliciosa estaba Joan con aquellas mejillas, que del pálido habían pasado al rojo encendido de clavel!

—¡Gracias, Penny! — exclamó con arrebato el artista. Y conmovido, añadió: —Si no fuera por ti nunca hubiera sabido que le gusto.

Joan temblaba de pies a cabeza; una ola de despecho oscureció su cerebro, volvió a ponerse pálida, algo amargo... no, no, nada de amargo algo dulce, muy dulce arrancaba una terrible rabieta del fondo de su pecho... Avanzó hacia el apuesto mancebo y sin atreverse a mirarle a los ojos, exclamó:

—Señor Lorén, yo espero que no se habrá usted creído nada de lo que ha dicho esta niña...

—Pues claro que no —se apresuró a responder el joven sonriendo y mirándola picarescamente de forma que indicaba que era lo contrario lo que pensaba—. ¿Por qué iba a creerlo? Pero lo que me ha dicho de su prometido, es muy interesante...

—Pues a mí no me interesa en absoluto — replicó Joan con trémula voz.

—¡Oh! ¿Pero qué clase de hombre es su novio? ¿No sabe interesarla? — preguntó Harry con toda la intención.

Mientras hablaban habían salido del guardarropa. Penny se había separado de la pareja balloteándole el alma de júbilo. Joan temblaba más que nunca; porque, no sabía de qué... sí, lo sabía: amaba a aquel adorable sinvergüenza, a aquel...

—Pero si yo no he dicho nada de eso, señor Lorén — protestó con falso calor, sin convicción, deseando caer en los brazos fuertes y membrudos de aquel gallardo mancebo.

—Llámeme Harry — pidió éste dulcemente.

—Quisiera poder llamarle muchas cosas.

—Está bien; llámeme las que quiera. Penny ya me ha dicho algunas de ellas.

Instintivamente, con arranque que nada ni nadie, ni ella misma hubiese podido evitar, tendió la mano al joven para despedirse; y lo hizo con adorable, con dulce abandono, con el alma en los ojos y en los labios. Un sollozo ahogado le estranguló la garganta.

—¡Está usted loco! —exclamó, casi sin voz—. Me parece que los dos lo estamos al hablar de una cosa que no tiene remedio... ¡Oh!, no haga caso de mí, Harry, digo, señor Lorén... ¡Harry, adiós!

La emoción la traicionaba, y el secreto de su corazón ya no podría serlo en adelante para el enamorado artista.

—¡Adiós! —la despidió con arrebato— No se preocupe usted por mí. De ahora en adelante aunque me encuentre muy solo tendré el sombrero y el abrigo de su padre para poder recordarla.

Los ojos de los dos jóvenes se miraron mutuamente en lo profundo algunos segundos, antes de que Joan pudiese librarse de la fuerte mano del mancebo, que oprimía la suya diminuta y delicada como un lirio.

Joan se metió en el coche con Penny con un rebullir de sentimientos en su pecho como jamás le había acontecido; ni cuando el propio Richard la declaró apasionadamente su amor. Estaba tan agitada, que era para ella demasiado prematuro poder explicarse que ello se debía a que era por primera vez que sentía verdaderamente esa cosa indefinible que llamamos amor.

Pero, claro, era tan delicada su posición, que, en vez de felicidad lo que llenaba su pecho era rabia, despecho y una furiosa tristeza y

una inquietud terrible por lo que pudiese ocurrir.

Avanzaba el coche y Penny no la dejaba de vista, picarescamente, con el rabillo, ávida de descubrir lo que iba ocurriendo en aquella alma puesta en tan singular aprieto.

—Jamás te hubiera creído capaz de cometer una acción tan abominable como la que has llevado a cabo, Penny —reprochó Joan con voz que delataba una titánica lucha de sentimientos—. Pero, ¿es que has perdido el juicio por completo? ¿Con qué objeto lo hiciste? ¿Por qué le dijiste nada de mí?

La fantástica y endiablada imaginación de Penny concibió en ese momento una nueva astucia para enardecer el corazón de su hermana. No se le escapaba que la gallarda vitola de Harry había dejado profunda huella en su pecho y vino a excitarla con la llama tremenda de los celos.

—He tenido que hacerlo, Joan.

—Pero, ¿por qué?

—Yo sabía que él está loco por ti y creí que contándole cosas tuyas le animaría a volver a casa, así yo conseguiría verlo, aunque él estuviera por ti.

—¡Oh!, pero es tan...

—Lo siento, Joan — fingió el diablillo procurando remedar la desmayada inflexión de voz de quien se derrite de amor.

Y, viva y pillueta, espió a su hermana con el rabillo, descubriendo en ella un visaje de dolorosa contrariedad. Pero no fué sólo mueca lo que delató a Joan, sino el afán con que la preguntó:

—¿De veras estás tan enamorada de él?

Penny adoptó una actitud de embelesamiento capaz de enternecer a una estatua de mármol, y contestó:

—Una sola palabra de él es para mí todo un estaciamo.

¡Qué bien se acordaba de la pintoresca definición que hizo su hermana el día que se le declarara Richard, y cuán oportunamente la aplicaba al caso!

—Yo no sé lo que has visto en él para enamorarte así. Claro que es guapo. No hay que negar que tiene cierto atractivo y toca el piano muy bien. Además tiene personalidad. Eso es cierto. Tal vez ha sido por esto — se explicó Joan con incontenible nerviosidad.

—Sí — aprobó Penny, acompañándose de un dulce suspiro y entornando los ojos.

—Tienes que olvidarle, Penny.

—No es fácil olvidar a Harry — se resistió el diablillo, afectando estar completamente rendida—. Yo creo que por más que me lo propusiera no llegaría a olvidarlo.

—Pues debes hacer todo lo posible.

Penny vió llegado el instante de practicar un sondeo decisivo en la voluntad y sentimientos de su vacilante hermana, y la preguntó:

—Joan, ¿es que tú conseguirías olvidar a alguien con sólo proponértelo?

—Claro que sí, Penny — declaró Joan sin caer en la cuenta de las

intenciones que movían a su hermana.

—¿Sin que ello te causase pena? — quiso asegurarse Microbio.

—Claro que sí — se ratificó la niña con aplomo y sinceridad.

—Gracias, Joan. Lo tendré bien presente.

Por estas palabras de su hermana, Penny creyó tocar ya el cielo con las manos. No necesitaba más para tirar su plan adelante; si Joan se declaraba capaz de despegarse tan fácilmente de Richard, sólo precisaba que ella fuese empujándola suavemente para alcanzar su objetivo.

Cuando llegaron a casa hallaron en ella a Richard. El joven se había ausentado por unos días y estaba de vuelta, ansioso de besar a su novia y de pasar al lado de ésta el fin de semana. Aprovechando el rato que las chicas estaron fuera, mamá se lo contó todo. Y todos en la casa estuvieron de acuerdo al punto en que a Microbio se le había despertado el sentimiento femenino, y que éste, al producirse en el pecho de tan revoltosa criatura, había de darles serios disgustos.

Realmente, para nuestros simpáticos personajes, a los que según el proceder de Penny no cabía otra salida que suponerla enamorada, despertaba la niña a la vida del amor con una bien temible impetuosidad. ¡Mira que llegar a escaparse de casa para correr a los brazos de su galán, ella la que tan sólo unas horas antes hallaba únicamente placer en besar a sus muñecas!

Papá y mamá estaban nerviosísimos. Al señor Craig, que también se hallaba presente, vivía instantes de verdadero milagro en él al manifestarse atento a los sucesos sin sacar a colación el alza y baja de los valores.

Quien oyó el relato con más divertimiento fué Richard. De todas formas, pese a su benevolencia, no dejó de entender que la niña entraba en los negocios del corazón con demasiada fogosidad y determinó hacer de su parte todo cuanto le fuese posible para ayudar a los cuitados padres y frenar los arrebatos de Penny. Para ello, lo que creyó más oportuno y conveniente fué organizar un plan que tendiese a distraer a la niña, haciéndola olvidar a su amado.

Al llegar Joan y Penny, pasáronse entre madre e hija algunas agrias razones; la señora Craig estuvo a punto de desmayarse de pena. Microbio se defendió alegando que había ido a la escuela a por una partitura que se había dejado olvidada allí. Al fin, la niña quedó castigada a permanecer encerrada en su habitación y ello ocurrió sin verter una sola gota de sangre.

—Nunca creí que Penny llegase a ser un problema para nosotros —se quejó la señora Craig, suspirando con el natural dolor de una madre que prevé tristes presagios para su hijo descarriado—. La verdad, no sé qué hacer con ella.

Richard aprovechó la ocasión

para plantear su punto de vista.

—Hay que hacerla olvidar a ese muchacho.

Kay y Joan fueron del mismo parecer. Se acordó dar carta blanca al joven en esta cuestión, y, momentos después se había elaborado todo un programa a cual más atractivo encaminado a distraer a Penny. Como, según ellos, la situación del corazón de Microbio pedía una inmediata acción, se acordó empezar aquella misma noche.

Y sobre las diez, bien cenados y pintiparados, Richard, Joan, Kay y Penny, en alegre grupo confiado a la protección e iniciativa del primero, salían de casa para enderezarse al Club 33. Se trataba de uno de esos salones de baile en que se rinde culto al estruendo de una música excéntrica y primitiva. Se iba allí siguiendo el gusto de Penny. Richard propuso ir al teatro, después a un parque de atracciones, pero la niña les salió con el extraño deseo de ir al Club 33. Todos se quedaron asombrados de ello, pues Microbio no había demostrado nunca veleidades en el arte de Terpsícore. ¿Se movía el ánimo del diablillo bajo los dictados de un preconcebido contraplan? ¿Sabía ella, que, allí, precisamente, en el Club 33 se amagaba uno de los puntos neurálgicos de su vasto programa para convertir a Joan al amor de Harry? No habremos de tardar mucho en saberlo.

El Club 33 se hallaba lleno a rebosar. Como era, a la vez, restaurante, nuestros amigos se acomodaron en una mesa cercana al estrado en que berrinchaban un núcleo de jóvenes armados de los chismes más extravagantes; se decía que eran los músicos.

—Tengo el presentimiento de que esta será una gran noche para t o d o s —exclamó bruscamente Joan, como si la iluminase un misterioso resplandor de Pitonisa—. Y os advierto que yo casi nunca me equivoco.

Penny la miró con resplandor de pillo por el rabillo, y afectó hallarse invadida por una ola de honda melancolía.

—Vamos, Penny —la riñó Richard cariñosamente y de buena fe—. No quiero verte tan seria.

Microbio sonrió y rebulló en su silla con brincadora alegría.

—Así me gusta —celebró Richard con sincero y alborozado aplauso—. Ahora podemos empezar a divertirnos.

Sí, en efecto, fué casi instantáneamente que empezó la broma, pero muy diferente de cómo la entendía el joven.

Miraba aun Richard con luminosa sonrisa a Penny, tentado ya de alzarse y sacarla a bailar con la venia de su novia, cuando de pie, a su espalda, entre él y la niña que se sentaba a su lado, apareció un gallardo mancebo, moreno, elegante, sonriente... Era Harry.

¿Qué había ocurrido? Muy sencillamente, que el chico era el pianista de la orquestrina que tocaba en el Club, y, como por encima de

la caja de su piano advirtiese la presencia de Penny en el salón, abandonó a su tropa a sus propias fuerzas y vino hacia la mesa.

Claro que, a lo que vino el arrogante hércules fué a mirarse en las dulces pupilas de la rubia Joan. Apenas ésta le vió se volvió pálida como la muerte; aunque su corazón latió con más viva fuerza y vida que antes.

Penny tuvo que hacer grandes esfuerzos para no delatar lo jubilosamente que el alma le cosquilleaba por el pecho al ver al joven músico. De Kay no cabe decir la sorpresa que llevó, maliciando, con certera visión, que por allí andaban entrometidas las terribles y diabólicas artes de la señorita Microbio. Era allí la única triste, la que llevaba a cuestas la pena máxima, es decir la pena única al tener que contemplar a su lado a Richard, a su amor y ver cómo las miradas y las caricias que ella hubiese deseado para sí las prodigaba el galán a su hermana.

—¡Hola! — saludó audazmente Harry.

—¡Pero, Harry! —afectó asombrarse Penny, dilatando las pupilas—. No esperábamos encontrarte aquí.

—Estoy trabajando —explicó el músico—. Creí que ya te lo había dicho.

Penny miró a sus acompañantes con disimulo y se mordió también con disimulo la lengua. Pero reaccionó pronto y con la mayor candidez imaginable respondió:

—¡Oh! Sí, pero yo no creí que trabajases en este local.

—Es el único Club 33 — aclaró con aplomo el joven.

—¿Este es el único? ¡Ah! Yo creí que había muchos — se justificó la niña sin cambiar el color de las mejillas. Y balbuceó: —Pues...

Richard, que ya empezaba a maliciarse cuanto allí ocurría, la interrumpió:

Penny, no me has presentado a este caballero.

—Me llamo Harry Lorén — presentóse a sí mismo el joven artista.

Penny creyó llegado el momento de las presentaciones y se apresuró a terciar:

—Perdona. El señor Lorén, el señor Richard, el prometido de Joan.

Los dos jóvenes se dieron la mano con fina cortesía. Harry, consciente de que tenía delante a su rival; Richard, convencido de que saludaba al ídolo de Penny.

—A mis hermanas ya las conoces — añadió Microbio con maliciosa ironía y terrible intención.

Hicieron sentar el músico y por algunos instantes pasáronse entre las niñas y Richard una serie de sonrisas, de guiños, de gestos inteligentes y muecas por el estilo que sumieron al pobre Harry en creciente turbación. Algo corrido pudo articular, al fin, el joven, tratando de dominar y hacer alegre una sonrisa momificada que congestionaba su ancho rostro viril.

—¿Acaso es un chiste de familia o lo puede oír cualquiera?

—Señor Lorén —se apresuró a explicarle amablemente Richard—. No sólo lo conece... sino que es usted parte integrante.

—Tiene gracia —balbuceó, corridísimo el artista, no acertando aún con el misterio.

Como es fácil suponer, lo que originaba aquel tiroteo mudo y delicioso de muecas, era el escandalizado asombro de Joan y Kay al adivinar la imponente y audaz treta de Penny. La primera no se pudo contener, y movida por la ola de tremendas e inconfesables emociones que agitaban su pecho, exclamó:

—Hay que ver la comedia que hizo cuando llegamos.

—Podría creer que lo siento —afectó dolerse Mierobio.

—¿Es un juego nuevo? —insistió Harry, más y más corrido viendo y oyendo aquel juego incomprensible. Y añadió con ingenuidad que su turbación tornó graciosa y encantadora: —Con tanto trabajo no conozco las novedades del día.

—No —se apresuró a contestarle Richard, sonriendo—; es un juego bastante antiguo. Y ahora, creo que debemos proceder a marcharnos.

El joven se levantó de su asiento para dar ejemplo. No estaba chiflado; por el contrario, le divertía la escena enormemente; pero a fuer de consejero y sintiendo sobre sí la tremenda responsabilidad de la suerte de Penny, hubo de confesarse que se había equivocado y no quiso exponerse a aparecer responsable ante su futura suegra de haber provocado, precisamente, lo contrario de lo que se le encomendó evitar.

Al verle tan decidido a irse, Penny se alarmó. Con lo que le había costado lograr que se produjese aquel encuentro «casual»; ¿y ahora tenía que contemplar cómo se le escapaba de las manos la formidable ocasión de empezar a sembrar enredos y cizaña entre las dos parejas de enamorados? ¡No, eso nunca...!

—¡Oh, no, no, no! —exclamó impetuosamente—. No, Richard; por favor. Siéntese. No quiero que Harry se crea que nos vamos por él.

El corrido músico hizo ademán de levantarse, y balbuceó:

—Yo quisiera...

Joan, cuyos nervios estaban tensos como las cuerdas de una lira, no pudo aguantarse más y le interrumpió, dirigiéndose a su novio.

—Yo quisiera hablar con el señor Lorén, Richard.

Creyendo, en buena fe, el joven que su novia no pretendía otra cosa más que desengañar a Harry a persuadirle de la necesidad de dejar tranquila a Penny en punto de amores, la autorizó, volviendo a sentarse.

—Puedes hacerlo.

Pero Joan perseguía algo más que hablarle al joven artista de Penny; no podía dominar el ardiente deseo de verse a solas con él, de mirarle a los ojos, de oír

su vez... ¡Qué irresistible fascinación ejercía en ella el apuesto artista! Por esto, añadió al instante:

—Quiero hablarle a solas.

Harry, que empezaba a reponer su buen humor, volvióse a todos los lados de la sala, sonriendo, y señalando al gentío que la llenaba se excusó con gracioso humor:

—No tengo autoridad para echar a esta gente.

Joan concibió un recurso audaz que volcó riadas de júbilo en el pecho de Penny, y fué que propuso con timidez:

—¿Hablamos? ¿Me lo permites, Richard?

Este, dispuesto a secundar lo que él traducía por buena voluntad de su novia en zanjar aquel enojoso asunto del encariñamiento de Penny hacia Harry, siguió autorizándola:

—Claro que sí.

Sin poder dominar el interés que tan intrigante conducta le inspiraba, el joven músico ofreció galantemente su brazo a Joan, ésta se colgó de él y la gentil pareja se alejó de la mesa para confundirse bien pronto en danza suave entre la multitud que se apiñaba en la pista a los acordes de la estridente orquestrina.

Joan no tardó en dar rienda suelta a lo que tan fuertemente la atosigaba.

—No sé si está usted enterado, señor Lorén, pero mi hermana está enamorada de usted locamente.

Si el apuesto mancebo no hubiese estado fuertemente agarrado a la chica habría caído de espaldas; tan rudo e inesperado fué el notición.

—¿Qué está qué? — exclamó como si no hubiese oído bien.

—Enamorada locamente — reprodujo Joan, escrutando con inquietud el efecto que sus palabras producían en el ánimo del joven artista.

—¿Penny?

—Penny.

Harry no pudo reprimir una franca carcajada. Hizo una mueca sincera de descreído, y confesó:

—Es lo más gracioso que he oído en mi vida.

—Es la verdad y usted tiene que hacer algo para arreglarlo.

Nuestro arrogante mancebo apretó más la robusta mano con que sostenía el gentil talle de Joan, suavizó, dulcificó aun más si cabe el ritmo de la danza, y clavando sus ojazos negros y ardientes en los de la niña, la dijo con picaresca ironía:

—Penny me dice que la enamorada es usted, y usted me dice que es Penny. ¿Es que no hay modo de que se pongan ustedes de acuerdo?

Joan enrojeció como una amapola, y fingiendo no haber oído las comprometedoras palabras del artista, dijo emocionada:

—Esto es algo muy serio, señor Lorén.

—No se preocupe usted, señorita Craig; ya no tendré ocasión de ver a Penny.

—Pero lo malo es que ella irá a

verle a usted. ¿No lo comprende?

Harry sonrió de una manera enigmática y como quien dice la cosa más natural del mundo, pero mirando con toda la intención a su pareja, replicó:

—Eso va a serle muy difícil. El día primero me marcho.

¡Con qué ingenuidad cayó Joan en el anzuelo! El efecto que nuestro astuto joven buscaba a provocar en el ánimo de la niña, no tardó en aparecer en sus facciones en forma de cadavérica palidez y extraordinario sobresalto.

—¡Oh!

—Sí, para Australia —siguió el músico, afectando no conceder importancia a aquella terrible exclamación de Joan—. He aceptado el ofrecimiento que me han hecho para dirigir allí una orquesta.

—¿En Australia? — inquirió la chica, mirando con terror a su amado.

—¡Oh, sí! —prosiguió Harry, con perfecta naturalidad—. Australia es un país muy bello y la gente es muy simpática. Yo creo que eso dará fin a sus temores.

Joan no podía volver la respiración a sus pulmones. Harry la observaba a hurtadillas y ya en ese punto se precisaba ser idiota de remate para no adivinar que aquel terrón de miel que sus brazos atesoraban, estaba loquito por él. ¡Y qué brincos le dió el alma al joven y qué feliz se sintió! Porque si ella estaba loquita por él, él la adoraba ya con ceguera. «Pero si ya está prometida», hubiesen exclamado ustedes. ¿Y qué? La juventud es ímpetu arrollador y nuestro hermoso hércules se les reía a la cara con potente audacia y bizarría a todos los contratiempos que osasen enfrentarse con su indomable voluntad.

Por si faltase aun el punto de saturación preciso para darle al caramelo ideal que gustaba nuestro artista el máximo dulzor, Joan no detuvo su audaz inquietud, y balbuceó:

—Tiene usted razón, Harry. Dígame...

—¿Qué?

—Australia queda muy lejos, ¿no es cierto?

—Sí, eso sí, queda bastante lejos.

—¿Sí?

Aterrada por esa eventual separación, Joan apretó su cabecita contra el pecho del joven; y éste, al sentirla contra sí, intuyó que en aquel instante algo invisible que tenía la forma de un nudo de oro, estaba dando vueltas a su alrededor, atándole indisolublemente con aquel ángel. Gozo inefable le invadió... ¡Ah! Hubiese saltado de júbilo, hubiese... sido capaz de desafiar a...

Como si un hado caprichoso siguiendo sus impetuosos pensamientos quisiese ponerlos a prueba, una voz conocida sonó por encima de su cabeza. Era la del director del Club, quien, alzado sobre el entarimado y aprovechando el instante en que nuestra pareja pasaba por delante de él, le decía con aire pasmado de su solemne frescura:

—Oiga, Beethoven, ya está bien. Vuelva usted a su puesto, o tendré que llamar a otro pianista.

El lado debió quedar pasmado y satisfecho a la vez; pues, Harry respondió sin vacilar y en el tono más jovial del mundo:

—Haga usted lo que le plazca.

—Como usted guste, amigo. Que se divierta. De ahora en adelante será usted un nuevo cliente.

¿Qué le importaba el piano ni el empleo a nuestro artista teniendo el corazón de la mujer por quien suspiraba?

Mientras esto pasaba entre Harry y Joan, otras y no menos importantes razones se cruzaban en la mesa que dejamos ocupada por Richard, Penny y Kay. Decir lo que nuestro diablillo sintió al ver que Joan y Harry se alejaban para bailar, escapa a toda ponderación. O ahora o nunca, se dijo en sus fueros. Tenía la sartén por el mango, y es consabido que ninguna mujer que se precie de buena cocinera deja escapar tan fácilmente ese estupendo chismo en que tan bien se cuecen las chuletas. Kay y Richard estaban a su lado, sentados uno al lado del otro, formaban la pareja que ella pretendía unir en amor para salvar el de su hermana. Y con un sibaritismo desenfrenado, con un terrible y refinado maquiavelismo, Penny se puso a observar, y no sólo a observar, sino a comentar en alta voz todas las actitudes, ya que no podía las palabras, que iban sucediéndose entre Harry y Joan mientras bailaban.

Ahora se han callado —decía sin soltarles la vista y procurando que Richard oyese bien—. Ni siquiera mueven los labios.

Su intención era aprovecharse de todas las posturas de embelesamiento que acusaba Joan en brazos del músico para excitar los celos de Richard y luego el desprecio hacia su novia. Quería inculcarle la idea de que Joan no le amaba a él, sino a Harry. Pero Richard, tan lejos de sospechar los terribles y sublimes propósitos que bullían en el caletre de Microbio, interpretando en un principio que los sentimientos que movían la lengua de Penny eran muy otros, dijo maliciosamente.

—Cualquiera diría que sientes celos.

—¿Celos? — exclamó Penny, soltando una sonrisa expresiva para desechar de raíz aquella tan peregrina cuán lógica suposición. Y volviéndose hacia Kay para sacarla con toda la intención como testimonio de su protesta, la pregunto: —Kay, ¿tú crees que yo estoy celosa?

—Me parece que sí, Penny — confesó sinceramente Kay.

—No olvides que Joan está para casarse — añadió Richard con ingenuidad para alejar toda para él absurda suspicacia sobre la fidelidad de su novia.

—¿Que lo olvido? —estalló Penny, con astuto brillo en los ojos—. ¡Ella, ella sí que parece olvidarlo! Apuesto a que Kay no bailaría con otro hombre si estuviese en su caso.

—¡Penny! — exclamó Kay, tornándose roja como la grana.

Richard acusó por primera vez el golpe. Parpadeó unos instantes como si estuviese deslumbrado, miró a Penny con fijeza para penetrar en la entraña de aquellas palabras y descifrar su extraño significado. No podía dejar de comprender con meridiana claridad que, Microbio pretendía ensalzar las virtudes de Kay en detrimento de las de Joan. Y esto, francamente, era proceder en ella totalmente desusado.

Pero Penny hizo como si tal, y prosiguió dirigiéndose a la atribulada Kay:

—No lo harías. Admiras demasiado a Richard.

¡Sus! Era el colmo de la audacia, del cinismo. Kay pasó del rojo al pálido, y corrida y confusa sólo pudo exclamar:

—Cállate, Penny.

—Kay ha dicho siempre que tú eras el hombre ideal para ella —continuó Microbio, impasible.

Kay sintió como si el corazón le dejase de latir; bajó los ojos, se retorció las manos, se rebuló en su asiento. ¡Ah!, hubiese querido que la tierra la tragase en sus abismos... Pero su máxima confusión nacía de su asombro; porque ella tenía clara conciencia de no haber confiado nunca a nadie el amargo y dulce secreto de su corazón; ni tan sólo se había atrevido a manifestar por simple vía de natural comentario la menor especie que tendiese a revelar que ella sentía admiración por tal o cual cualidad de Richard. ¿De dónde diablos había sacado Microbio aquel tormentoso secreto encerrado en los más hondos arcanos de su corazón?

—¡Penny, basta de tonterías! — protestó lívida de emoción.

—¿No es cierto? — insistió Penny, con vehemencia, poniéndose seria, sintiendo vivo arrebato de protesta ante la sandez de su hermana que desechaba aquella estupenda ocasión que ella le brindaba para conquistarse el corazón del hombre que idolatraba.

Richard otéo de soslayo el rostro de Kay y no pudo evitar un extraño estremecimiento al comprobar la terrible huella que habían sembrado en él las inocentes palabras de Penny. Pero, discreto, reprendió a ésta y conciliador, bien que con una punta de emoción, aunque afectase indiferencia.

—Vamos, vas a conseguir que se sonroje.

—Yo no me sonrojo —protestó Kay a punto de estallar en un sollozo—. Deberíamos irnos.

—Espérate —la detuvo Penny dispuesta a todo ya—; no ves que Joan tiene aún que hablar con Harry.

—Penny, eres terrible —no pudo reprimirse Richard algo inquieto ya al ver que Microbio persistía en su insólita impertinencia.

Penny sintió que la invadía una oleada de rabia; ¿es que no hablaba lo bastante claro? ¿Qué precisaba aquel idiota para descubrir que Kay le amaba con locura? Y no pudiéndose reprimir, le dijo

concisamente a la cara, sin ambages:

—¡Y tú eres ciego!

Kay, cuya confusión corría parejas con su creciente convicción de que Penny no perseguía más que ponerla en evidencia ante Richard, volvió a reprenderla con voz que ya no le pasaba de la garganta.

—Penny; ¿quieres callarte?

Había llegado el momento de las supremas y osadas decisiones y Penny volcó, brutal, sincera y valiente la verdad a las narices del confuso Richard.

—De ningún modo. Quiero a Richard y debo decirle toda la verdad...

—Y te lo agradezco muchísimo —pronunció el joven con ligera emoción prendida en la lengua.

La situación se hacía insostenible para Kay; estas palabras de Richard la dieron a entender que el joven empezaba a fijarse con honda y seria atención en lo que de ella le contaba Penny y que esto demudaba visiblemente sus facciones. La vergüenza la ahogaba y con el corazón como metido en el cascarón de una nuez aguardó las nuevas palabras con que la vendría a descubrir más claramente sus sentimientos. Estas no se hicieron esperar, pues ya Penny estaba dispuesta a ir al grano.

—La verdad es que Kay te quiere más que Joan.

—Penny; ¿quieres no decir más que tonterías? —sollozó Kay.

—Pero si no estoy diciendo más que la verdad...

Lo que ella tiene son celos, Richard —se defendió Kay hábilmente—. Todo es mentira.

—No es mentira —estalló Penny, airada ante la pertinaz e incomprensible sandez de su hermana.

Y habría añadido: «Estúpida, confiésalo de una vez. ¿No comprendes que lo que yo busco es dárselo, abrirle los ojos a la verdad de tu corazón?, pues aprovecha la ocasión».

—Lo es —insistió Kay con voz ronca y agresiva.

—No, no lo es y puedo probarlo.

Richard asistía a esta disputa con suma atención, el alma vivamente agitada. Ya era imposible que, en adelante, dejase de saber que Kay le había amado apasionadamente en secreto; y terciando con viva llamarada en los ojos, pidió:

—Pruébalo.

—No es cierto —protestó Kay, temiendo la terrible revelación de su hermana.

—Claro que lo es.

—¡Cállate! —pidió Kay con un alarido en el que rugía un ruego supremo y una feroz amenaza.

—Es cierto. ¿Acaso crees que no te vi cuando quemastes...?

Una oleada de sangre cegó a Kay, dilató los ojos como en un acceso de locura y perdida la voluntad y el dominio de sus actos pegó un tremendo bofetón a Penny.

Esta calló sin concluir la reveladora frase. Cerró los ojos y encogió

el pecho. Sintió como si el mundo huyese de sus pies, como si de su alma escapasen para siempre las más risueñas ilusiones de su vida. En pago de su abnegado, de su generoso sacrificio recibía la afrenta de una bofetada. Y por gratitud una explosión de odio y el peligro de que se añadiese al menoscabo de su honestidad la infamia de ser farsante y embustera. No habría más, que muriese de pena, que le cayese el corazón a pedazos a Kay, si así lo deseaba.

Esta aun insistió, dirigiéndose a Richard, que estaba nerviosísimo:

—Richard, ¿no es verdad que tú no lo crees?

—No, Kay, puedes estar segura —contestó el joven para calmarla.

—Está tan celosa que es capaz de decir cualquier tontería. Yo no quemé ningún diario —añadió Kay, aguantando a duras penas los sollozos, luchando entre una tempestad de sentimientos—. ¿Verdad que me crees?

—Sí, Kay, puedes estar segura de que lo creo, como también creo que Penny no ha tenido intención de ofenderte... ¿Verdad, Penny?

Esta no contestó; pero miró al joven y tuvo la satisfacción de leer en sus ojos el brillo de la comprensión y de la gratitud.

El amor conoce sólo dos formas de expresión, la risa o el llanto; es el doble lenguaje de las pasiones. Y aquella noche, de vuelta del Club 33, como no había motivo para la risa, en la alcoba común de las tres hermanas fué sólo el llanto el que habló.

Durante el camino, Kay contó a Joan lo acaecido entre ella, Richard y Penny en el Club. ¡Qué terrible compromiso, señor! Pero no era sólo esto lo que horrorizaba a Joan, sino las insólitas circunstancias sentimentales que para todas creaba aquel enredo. Y lo peor era que amaba a Harry y que estaba prometida con Richard. Sentía una rabia extraña, un furor incontenible, un deseo amargo de llorar, de patalear, de tirar del pelo a Penny y al mismo tiempo de besarla con frenesí; porque era por ella que acababa de conocer el verdadero amor y también el amargo desencanto de ver cómo se le huía de las manos.

Abocó Penny con ciega exaltación y poseída de agrio encono la reprobó:

—Seguramente creerás que lo de esta noche ha sido muy divertido.

—Lo lamento — dijo simplemente Penny.

—Kay ha hecho perfectamente. Me lo ha contado todo.

—Ya he dicho que lo siento — repitió Penny, con sequedad.

—Tú no lo sientes, no es verdad... A ti te tiene todo sin cuidado con tal de salirte con la tuya.

Joan hablaba todavía en plena ignorancia del secreto de Kay, pues ésta había tenido buen cuidado en no revelárselo, y por consiguiente lo hacía convencida de que cuanto había hecho Penny se lo habían dictado los celos.

—Reconozco que he hecho una tontería — confesó Penny, dispuesta a no ocuparse más del asunto.

—Una tontería de las mayores —la increpó Joan, desabridamente—. Tú no piensas en nadie más que en ti. ¡Eres la chica más egoísta que he visto en toda mi vida!

Penny sintió como si le clavasen una daga en el corazón. ¡Ella, la que se desvivía por la felicidad de entrambas, la que comprometía su honestidad y quizá su porvenir para asegurar el de sus dos hermanas, egoísta...!

—Estate segura de que yo no volveré a hacerlo — sentenció con profunda entonación.

—Ya no tendrás ocasión —bramó Joan con un ronquido trágico—. Se marcha a Australia.

—Ojalá se quede allí — deseó Penny sinceramente, ya dispuesta a dejar las cosas tal como estaban.

—Se quedará; ya no volverá más.

—Pues no la pegues conmigo.

—¿Qué? No tengo que pagarlo con nadie. ¡No quiero volverle a ver en la vida! ¡No quiero ni oír hablar más de él! ¡Le odio, y te odio; odio a todo el mundo!

Y no pudiendo aguantar más la pena que la ahogaba estalló en amargos, en desesperados sollozos. Kay, que había permanecido sentada en su lecho durante este diálogo, desbordóse a su vez en amargo llanto. Penny se había metido en la cama, y, cara arriba, perdida la mirada en ignotas profundidades de su alma, sólo percibía un eco lejano cuyo temblor de tragedia la escalofriaba la sangre.

Al apagar las luces y cuando el llanto de Joan percutía aún ahogado por la colcha, Penny volvió a sentir, como aquel día de esperanza, el contacto de las manos de Kay que se había acercado a su cama. La niña había penetrado toda la santa, la abnegada y generosa intención de Penny y roída por intenso remordimiento venía a pedirle perdón.

—Penny —susurró con voz estrangulada aún por las lágrimas—. Pensarás... que soy muy mala, ¿verdad? Confieso que lo soy... ¿No quieres perdonarme lo que hice, Penny? Por favor... Di que lo has olvidado. Sé buena. ¿No quieres olvidarlo, Penny?

Silenciosas lágrimas rodaban por las pálidas mejillas de Penny; indescriptible dolor la atenazaba el pecho; pero la veta de su sublime sacrificio se había secado. Tanta adversidad había concluído prematuramente con sus puros sentimientos de niña y con un inmáculo y grande amor de hermana.

—Hazte cuenta de que tu hermana no existe para ti — contestó con sequedad.

Y como si estas palabras fuesen el resorte que soltaba el tesoro que encerraba su alma, las lágrimas que humedecían sus hermosos y claros ojos se tornaron un torrente; un torrente que desbordó sin un quejido, en silencio... Había aprendido a sufrir.

Aromas de azahar

Fiel a su mudo juramento, Penny dejó transcurrir los días absolutamente desentendida de cuanto se decía y ejecutaba a su alrededor, firmemente dispuesta a darse por vencida y a dejar que los acontecimientos discurriesen y se desenvolviesen bajo mando y capricho de la loca suerte y del azar.

Y así, huraña y solitaria, incubando un despecho rencor por Kay a la que no había vuelto a dirigir ni tan sólo la mirada, vió llegar la víspera de la boda de Richard y Joan. Los amplios y suntuosos salones de los Craig aparecieron aquella mañana revueltos y sonoros de febril actividad. Un ejército de artistas decoradores andaban de acá para allá para convertirlos de regio escenario de recepciones en tálamo nupcial.

Los padres de Richard habían llegado ya de Boston, y, acompañados de la señora Craig iban dando su aprobación a todo cuanto ésta se había servido disponer. Richard también se hallaba presente. Joan, Kay y Penny deambulaban por el salón extrañamente inquietas, con las huellas de una viva agitación pintadas en sus semblantes. Kay, cuya emoción superaba la de los demás, intentó inútilmente reconciliarse con Penny. Joan que advirtió el desdén de ésta, se le acercó y la dijo con cariñosa emoción:

—Ya veo que no das tu brazo a torcer. ¿Por qué no quieres hablarla? Ese será el mejor regalo de bodas que puedas hacerme. Penny; sólo seréis dos hermanas Craig en vez de tres desde mañana. Vosotras dos quedaréis aquí y yo me iré a pasar la luna de miel con Harry.

—¿Con quién? — preguntó Penny en brusco y vivo sobresalto.

Joan se mordió la lengua y rectificó con voz ronca:

—¡Con Richard!

Tenía tan llena el alma de amor por el joven músico que en vísperas de su boda con Richard su pensamiento volaba hacia aquél, incurriendo en la sacrílega confusión de los nombres.

Esto volvió a Penny a la trágica realidad. La llama abrasadora que ardía en su pecho volvió a entrar en actividad. Aquella boda era una monstruosidad, no, no debía celebrarse; su deber era aún intentar desbaratarla, probar un recurso supremo. Acabó de decidirla una escena que se produjo en aquel instante, cuya trágica ternura escalofriaba el corazón.

Despreciada por Penny, Kay se había refugiado en la soledad de la terraza. Allí, bajo el puro azul del cielo, tan triste para ella aquel día, desahogaría la pena infinita que atenaza su corazón. Pero estuvo sola pocos momentos, porque Richard que desde largo rato la venía observando en secreto, vino hacia ella con el corazón compungido. No era ciego y a partir de

aquella noche en que Penny descubrió el secreto no había hecho más que confirmarse en la tremenda idea de que se había equivocado en la elección de esposa. Y sentíase el alma repleta de una dulce melancolía, de un dolorido sentimiento de aprensión.

Al verle, Kay se sobresaltó; pero el joven la calmó con suave ademán y tierno acento.

—¿No te importa que te haga compañía?

—¡Oh, no, nada de eso! —contestó la joven con voz velada por la emoción.

—Se está muy bien aquí. Kay, estoy pensando continuamente en una cosa.

—¡Oh!, yo también —le interrumpió la niña con viveza, aterrada, por la intención que traslucían las palabras de su amado—. ¿No tienes hambre?

—No, por desgracia. Intenté desayunarme en el tren, pero las preocupaciones no me dejaron.

—A mí me gusta comer en el tren más que en ninguna otra parte —comentó Kay, esforzándose por dar a aquel triste diálogo un tono creciente de frivolidad—. Será porque se distrae uno mirando por la ventanilla lo que hace la gente que vive en las casitas que se van quedando atrás.

—¿Con una mirada?

—Naturalmente, sino, se te hace tarde.

Richard miró dulcemente a Kay. Estaba adorable, la hubiese cambiado sin vacilar por Joan. La cogió la mano con emocionada ternura y la dijo con apenada intención.

—Tienes razón, Kay, es ya tarde.

Penny no había oído este emocionante diálogo que pasaba entre los dos jóvenes, pero en la actitud rendida de Richard y en la expresión inequívoca de sus facciones lo adivinó asaz. Furia impetuosa la acometió, bríos nuevos encendieron su corazón y decidida a todo se precipitó al encuentro de su mamá.

—Mamá, ¿Podría hablar contigo un momento?

—¿Qué quieres, querida?

—Esta boda es una equivocación —abocó sin ambages—. Por favor, aplázala unos días. Joan no quiere casarse con Richard.

La señora Craig se puso roja de cólera, y mirando severamente a su hija la amonestó con desabrimiento:

—Por lo que veo, aun sigues sin querer enmendarte. ¿No crees que has causado ya bastantes disgustos?

—Pero, escucha mamá...

—Una palabra más —cortó la señora con autoritaria dignidad al tiempo que volvía la espalda a su hija— y te encerraré en tu habitación hasta que se haya celebrado la boda. Y ahora, cállate. ¿Qué pensaría la familia Richard si te oyese hablar de esa manera?

Penny comprendió que por este camino todo cuanto hiciese sería

completamente inútil. Quedaba el recurso supremo: su papá, obligarle a escucharla, imponerse...

Vistióse en un amén y cogiendo el coche vino al encuentro del millonario en su propio despacho de Wall Street. Nunca había ido allá nuestra intrépida heroína. Realmente merece que la llamemos así porque se precisaba un verdadero heroísmo para alcanzar el despacho privado de don Yudson Craig. Aquella casa era una verdadera Babel: doquier números, doquier Títulos de la Deuda y millones y fiebre y locura de oro...

Pero Penny pudo al fin trasponer la puerta que daba acceso al solio de aquel coloso. Sin embargo, no hubiese podido escoger un momento más inoportuno, más terriblemente desgraciado. Craig se hallaba discutiendo acaloradamente con una comisión de financieros sobre una grave operación en la que se ventilaban muchos millones, y al ver aparecer a su hija en el marco de la puerta, siguiendo su naturaleza distraída e impetuosa, sólo se volvió un instante para saludarla.

—¡Penny! ¿Cómo has entrado hasta aquí?

Hasta él mismo consideraba una gesta prosopopéyica la de llegar a alcanzarle en aquella fortaleza de millones. Y aun se quedaba corto en su admiración, pues hacía un instante él mismo le había cerrado el paso, inconscientemente, con la mayor, con la más colosal de sus formidables distracciones. Y ello fué en ocasión de que una de sus infinitas secretarias entrase para anunciarle que su hija deseaba hablarle.

—¡Yo no conozco a nadie que se llame Penny ni nada parecido, con que no me moleste! — había respondido desabridamente.

No podía desearse más en punto a grotesco y excéntrico y hasta monstruoso.

—¿Podría hablar contigo un momento? — le pidió con el alma en el puño la niña.

—Señores —exclamó el millonario llevado por la inercia de su furia polemista—, esta es mi hija Penelope.

Y llevado y traído de su fiebre y de sus números fué él mismo quien interrumpió los plácemes de aquellos graves señores, olvidado ya de su hija para sumergirse en la trascendental discusión. Al punto en que llegara la niña, todo estaba listo para que la comisión firmara cierto contrato relativo a un control de valores, y nuestro estupendo magnate hizo pasar a sus visitantes a un departamento privado contiguo. Al mismo tiempo, Craig se dispuso a acompañarles. Penny se vió perdida; todo empezó a dar vueltas a su alrededor, terrible opresión atenazaba su pecho.

—Querría hablar contigo a solas, papá.

Pudo aun pescarle un segundo. El millonario vino hacia ella. La interrumpió creyendo que venía a pedirle dinero, sacó la cartera...

y empezaron a sonar los teléfonos, los diabólicos teléfonos que parecían haberse confabulado para burlarse de la abnegada niña. No hubo manera; Craig concluyó por desaparecer en el despacho contiguo sin que Penny pudiese soltar la tremenda culla que la atosigaba.

Todo quedó en silencio en el despacho, como una gruta maravillosa de la que hubiese desaparecido de repente el alma diabólica que le daba vida. Todo perdido... el día siguiente sería la boda, mamá no escuchaba, papá estaba borracho de millones... La sangre se le agolpó al cerebro, un nudo cargado de lágrimas la estranguló. Dos vidas arruinadas y con la suya propia tres. Tropel impetuoso de terribles pensamientos sumió su espíritu en caótica confusión... Y no pudiendo resistir el peso de tanta desdicha se dejó caer en una butaca y rompió a llorar desgarradoramente.

Un ángel quiso mover un resorte angelical y en aquel momento, Craig abrió la puerta para llevarse unos papeles. Al ver a Penny con la cabeza oculta en sus manos, hundida en la butaca y oír el ronquido de sus conmovedores sollozos, quedóse un instante como clavado en el suelo, fijos sus ojos en ella. Era su hija, un pedazo de su cuerpo y de su alma, un ser que simbolizaba su amor, su juventud ya extinguida... Suaves y desconocidos sentimientos agitaron su pecho. Vino hacia ella con un brillo nuevo en los ojos, con una llama sublime que Penny no había visto jamás.

—¡Penny, Penny! —exclamó dulcemente acariciándole el pelo sedoso con infinita ternura—. ¿No me dijiste que querías hablarme?

—¡Ya no quiero hablarte! —protestó la niña con la voz ronca, con una expresión de amargura que partía el corazón—. ¡No quiero hablar con nadie nunca más!

—¿Qué te ocurre, Penny? —insistió el millonario cada vez más pálido y emocionado.

—Nada —contestó la niña secamente.

—Vamos, Penny, no llores. Siéntate y cuéntame todo lo que te pasa.

—Tú no quieres escucharme. Nadie quiere escucharme, ni mamita, ni Jean. ¡Nadie, nadie!

En aquel instante la puerta del despacho contiguo se abrió y uno de los de la comisión apareció en ella.

—Craig: ¿quiere hacer el favor de venir aquí un momento? Es que hay una cláusula que...

Craig cortó al caballero la palabra con un rotundo y a la vez sosegado ademán.

—¡Déjenme! Por favor, caballeros, déjenme. ¡Por favor, déjenme!

Craig parecía otro hombre. Luz sublime iluminaba su semblante... Aun surgió el otro terrible y emboscado enemigo de Penny: el teléfono... el teléfono, que dejó oír su estridente e importuna voz.

Penny se estremeció; pero ya no había motivo para ello. El teléfono no venció tampoco esta vez. Craig se alzó —pues se hallaba arrodillado junto a su hija— y viniendo hacia la mesa en que el impertinente aparato bramaba, lo desconectó con sosegado ademán, con perfecto y total dominio de su voluntad. Luego desconectó los cuatro teléfonos más esparcidos por encima de la mesa, los cuatro rayos que juntamente con el que descolgó primeramente llevaban siempre la voluntad, la fiebre y la voz del millonario por los cinco continentes del globo... Después, con la misma gravedad y calma retornó de nuevo al lado de su hija.

—No llores, hijita, ya se han ido todos. Podemos hablar a solas. ¡Vamos, vamos! Tendrás que decirme lo que te pasa si quieres que te ayude.

Y Penny habló, contó todo, sacudida aún por el llanto. Y Craig escuchó esta vez hasta el final. Las voces de los cinco teléfonos se esforzaban por hacerse oír ahogadas encima de la mesa; mas fué inútil cuanto se desgañitaron. El coloso de los millones ya no tenía fiebre, sino un afán nuevo, un amor nuevo; y prometió a su hija lo que ella desde tanto tiempo y al través de tántas y tan amargas luchas buscaba que le prometiese: su ayuda.

Al salir del despacho, con el brazo apretado, dulce y tiernamente alrededor del busto de Penny, los ojos de Craig tenían por primera vez en su vida la luz de la paternidad feliz; su rostro sonreía con infinita placidez. Los empleados no le habían visto nunca así. Al llegar a la mesa del más viejo de sus empleados se detuvo el millonario, le miró con afecto y le preguntó esforzándose por dominar su emoción:

—¿No tiene usted una hija también?

—Una hija y un hijo — contestó el buen hombre.

—¿Y cómo están?

—Bien creo yo que estarán.

—¿Por qué dice que lo cree?

—Pues, verá, señor Craig. Cuando llego, me encuentro que ya están dormidos y me marcho cuando aún no están levantados y esta es la razón por la que no los veo casi nunca.

Craig, iluminado por célica luz puso su mano paternal sobre el hombro de su fiel empleado y le autorizó:

—Váyase a su casa y cerciórese de que están bien.

El pobre hombre quiso arrodillarse a sus pies. El corazón sustituía, al fin, a los millones.

Luego, Craig se volvió hacia su hija, y golpeándole cariñosamente las mejillas la dijo:

—Ahora, vete a casa tranquila, nena, y no te preocupes. Mañana no habrá tal boda.

Y, en efecto, no hubo tal boda, la de Joan y Richard; hubo otra.

ía de Kay y Richard. En menos de veinticuatro horas, Craig, a escondidas de su esposa y en colaboración de la feliz y alborozada Penny, hizo el milagro de cambiar totalmente el curso de los acontecimientos. Visitó a Richard, fué a ver a Harry; ¡con qué entusiasmo se prestaron los dos a secundarlo! Porque Richard ya amaba a Kay con toda su alma, y Harry había visto crecer su amor por Joan como la llama de un volcán.

Fué algo estupendo. Joan se vistió el blanco traje de boda, pero también Kay, ignorante de que se preparaba la suprema dicha de su vida, fué obligada a vestir otro casi semejante. Era un ángel. Las dos novias no sabían nada del plan que se traían Penny, su papá y los dos jóvenes enamorados.

La boda debía celebrarse en el propio salón; éste rebosaba de invitados. La hora había sonado, la novia no debía tardar en aparecer. Viva expectación dominaba a todos los concurrentes. De repente apareció Craig, que apadrinaba a la novia; de su brazo iba colgada ésta... pero... señores, ¿qué ocurría? Todo el mundo se volvió para mirarse con asombro; especialmente las señoras estuvieron tentadas de soltar todo el repertorio de sus cuerdas vocales. Porque en vez de la novia, es decir, de Joan, Craig se traía a Kay.

Aunque la más asombrada fué ésta al ver que su señor papá en vez de ir a colocarla en el sitio que le correspondía como hermana de la que iba a casarse, la conducía por entre la doble fila de espectadores, en camino de honor, recta y firmemente al altar. Allí la esperaba Richard, su amor, su ídolo, por el que tanto había sufrido y llorado... ¿Era un sueño? No, era una brillante realidad que estuvo a punto de hacerla enloquecer de júbilo. Richard, de acuerdo con aquella sublime farsa, cómplice feliz de la maravillosa diablura de Penny, la acogió con una sonrisa tierna y con ademán a la vez gallardo y tierno la ofreció el brazo. Momentos después era su esposo ante Dios y ante los hombres.

Don Yudson Craig aún tuvo algo que hacer. Y ello fué ir a buscar a Joan, que aguardaba el instante de salir en escena, divina entre su velo de pureza y el perfume albo y celeste del ramo de azahar, cogerla precipitadamente y sacarla del salón a toda prisa. La niña no cesaba de preguntar a su papá qué significaba aquello. Bien poco tuvo que hablar el magnate; Joan lo oyó todo de labios de Harry, su apuesto y hercúleo artista, que, escondido en el vestíbulo, la esperaba con los brazos abiertos. Todo estaba bien claro: Kay, para Richard; Joan, para Harry. Naturalmente que la boda de estos últimos no se celebró aquel mismo día, pero no tardaría en llegar su turno.

Penny había triunfado plenamente. Sería su última diablura de pilluelo menor de la casa; sentimientos nuevos no tardarían en llamar insistentemente en su corazón, que, a la vista de tanta dicha y de tanto amor, se metamorfoseaba rápidamente en el de una mujer... Diablura sublime que tan elocuentemente venía a expresar lo grande, lo abnegada, lo generosa que discurría por sus entrañas la vena del amor. La misma señora Craig, anonadada al principio por tan extraños e inesperados acontecimientos, hubo de reconocerlo y constatar con lágrimas incontenibles y alborozado júbilo de su corazón, que aquel pedazo de sus entrañas que había cerrado el ciclo de su feliz maternidad resumía en sí y compendiaba lo más recio y grande que en lo espiritual y moral contenía y honraba la prosapia de los famosos Craig.

PIN

Argumento novelado por
J. CANELLAS CASALS

¡FORMIDABLES SUPERPRODUCCIONES DE LA TEMPORADA 1941-1942 EN PREPARACIÓN!

PORQUE LATES CORAZÓN, por Danielle Darrieux.

EL HOMBRE INVISIBLE VUELVE, por Nan Grey y Sir C. Hardwicke.

PRINCESITA, por Diana Durbin.

SU VIDA ÍNTIMA, por Charles Boyer y Margaret Sullavan.

SIETE PECADORES, por Marlene Dietrich.

Law
6109
20E

75E

10382

EDITORIAL GRAFIDEA, S. L.
CONTINUADORA DE
PUBLICACIONES CINEMA
CALLE BAILEN, 154
BARCELONA

HIJOS R. BLASI - BARCELONA

Precio: 2 ptas.